

Año XIII Tomo XXXIV Núm. 131

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Mariano Latorre
Alfonso Cravioto
Domingo Melfi
Gabriela Mistral
Dr. Rodolfo Oroz
Carlos Vattier
Braulio Arenas
Luis Durand

Puntos de vista
Primera glosa sobre la novela americana
El sarape del Saltillo
La influencia del campo en la novela chilena
Victoria Kent
Nota lingüística acerca del examen
Discurso del vino ebrio
Firmamento de Mónica
El desierto fecundo

LOS LIBROS.—**Juan Marín:** *Piedras y sol*, de Sady Zañartu.—**L. D.:** *Ocho hombres*, por José S. Villarejo.—**L. D. D.:** *Gleba*, por Carmen de Alonso.—**A. T.:** *La obra psicológica de Radecki*, por el Dr. Alfredo Cáceres.—**Ricardo Tudela:** *Un libro de indagación mexicana*.

NOTAS DEL MES.—LIBROS RECIBIDOS

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES P A I S

| | |
|----------------------------|---------|
| Número suelto..... | \$ 3.50 |
| Suscripción anual..... | 30.— |
| Suscripción semestral..... | 16.— |

E X T R A N J E R O

| | |
|--|------------|
| América y España | |
| Número suelto..... | Doll. 0.20 |
| Suscripción anual..... | „ 2.25 |
| Europa (salvo España), Asia, Africa y Oceanía. | |
| Número suelto..... | Doll. 0.35 |
| Suscripción anual..... | „ 4.— |

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERÍA NASCIMENTO

SANTIAGO - Ahumada 125 - Casilla 2298

CONCEPCIÓN - Barros Arana 800 - Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Victor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliografica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA - CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

AMÉRICA ESPAÑOLA

La revista que encarna los grandes
ideales de Hispanoamérica

Director: G. PORRAS TROCONIS

Colaboran en ella los más famosos
publicistas de Europa y América.
Cuadernos mensuales de 96 páginas
a dos columnas, Nutrida información
bibliográfica.

Precios de suscripción:

En Colombia \$ 4.00 oro col:

España y países His-

panoamericanos \$ 4.00 oro am.

*En venta en las principales librerías
del mundo*

Dirección y Administración:

Ca'le Santo Domingo N.º 39

CARTAGENA

COLOMBIA

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Mayo de 1936

Núm. 131

Puntos de vista

Spengler.

La muerte de Spengler es, indudablemente, un acontecimiento de gran magnitud. Debemos considerarlo como tal, porque con Spengler, desaparece uno de los más originales poetas de la filosofía de la historia. Cuando publicó su DECADENCIA DE OCCIDENTE, especie de desfile de las culturas hacia el abismo, fueron muchos los pensadores que rebatieron su concepción del fracaso de la civilización de la cual su propio pueblo formaba parte. Sin embargo, los últimos años de su existencia los dedicó a exaltar el prusianismo, al cual colocó por encima de todas las formas raciales europeas. El libro máximo de Spengler fué escrito cuando Alemania parecía encontrarse en el pináculo de sus victorias militares, y cuando él mismo había vaticinado el triunfo final de Alemania en la gran Guerra Europea. Su profecía no se cumplió. Pero años más tarde, envuelto en la amarga atmósfera de la derrota, Spengler comenzó a sentir que la fibra de la potencialidad alemana estaba intacta y su erguimiento en el continente, su esperanza y su vigor como nacionalidad, revelaban una firmeza extraordinaria de carácter. Fueron éstos para Spengler los años de decisión.

Tales años quedaron aprisionados en un libro exaltado, en el cual el poeta y filósofo se reconciliaba con la vida orgullosa del prusianismo y volvía a levantar su voz para proclamarlo como el mayor bien de Europa. Dijo Spengler que Alemania sería la última nación europea que caería víctima de la disgregación. Por de pronto, el nacionalismo frenético de que está impregnada, su deci-

sión poderosa de retornar al primer plano entre las potencias, saltando por encima de las barreras del formulismo jurídico internacional son muestras evidentes de tal voluntad de supremacía.

La concepción, si pudiera decirse, espiral de la civilización, produjo, ciertamente, una gran impresión en el pensamiento europeo. Trazaba en su libro *Decadencia*, el proceso crítico de las culturas con un poder de erudición pasmoso. Spengler consideraba a la humanidad como el centro de varias civilizaciones enteramente independientes. Cada una—azteca, arábiga, china, egipcia y otras—se completa dentro de sí misma y ninguna depende de las demás. Pero una misma ley de movimiento las une por en medio de su estructura. Las civilizaciones, para él, progresaban en círculo. Por eso rastreó los orígenes de cada una en sus costumbres elementales, en la vida doméstica, en la música y en las danzas y las hizo trepar en la teoría de los círculos a medida que se refinaban, en los aspectos de la vida urbana, en la economía cada vez más armoniosa, en la evolución de las ideas religiosas, en la bondad de los gobiernos o en la compleja perfección de la administración hasta tocar la cúspide del enriquecimiento y del poder en manos de unos pocos, con la consiguiente degeneración de la autoridad. Una vez descompuesta la autoridad, fatalmente sobrevénía la caída y por tanto el arrasamiento de la propia civilización sobre la cual se había elevado el poder. Pero Spengler encontraba que a través de todo derrumbe, en el fondo de todo movimiento circular de cualquier civilización, las masas aldeanas permanecían sin sufrir conmoción alguna, entregadas a la vida sorda de la vegetación.

Spengler se había entregado al pesimismo que ya impregnaba a Europa, en la ante-guerra y en la postguerra. Más intenso en esta etapa por lo mismo que la civilización había dado un salto mortal sobre el abismo y había hecho retroceder los dones más bellos de la conquista espiritual y técnica. Fijó Spengler en un libro que tuvo tanta fortuna como la *Decadencia*, los puntos de su egoísmo de europeo, respecto de los pueblos de color. Este libro EL HOM-

BRE Y LA TÉCNICA, produjo también en el mundo del pensamiento occidental una profunda impresión.

Para él, el mundo artificial envenena al mundo natural. Todo quiere someterse a máquina. La máquina ordena y el hombre corre tras ella, apenas como un insecto que una ráfaga más fuerte lleva a su antojo. Ya no se ven—exclamaba—prados llenos de rebaños pastando, sin pensar en el aprovechamiento de su carne. Los bellos oficios antiguos se substituyen rápidamente por realizaciones técnicas. El hombre quiere realizar, a toda costa y la máquina se ha convertido hoy en un símbolo. Sin embargo, el pensamiento fáustico comienza a hartarse de la técnica. Como en Roma en tiempos de Augusto, los hombres ahitos de vida y de civilización huyen y buscan refugio o en continentes más primitivos o en el suicidio. Una orla pesimista exorna toda la anchura de su pensamiento dolorido. «Comienza la fuga de los directores nativos ante la máquina, expresó. Dentro de poco sólo habrá disponibles talentos de segundo orden, epígonos de una gran época. Todo gran empresario comprueba la disminución de las calidades espirituales en la descendencia. Ahora bien, la grandiosa evolución técnica del siglo XIX fué posible, exclusivamente en virtud del nivel espiritual creciente. No sólo la disminución sino, simplemente, la detención es peligrosa y señala hacia un término, por muchas que sean las manos preparadas que se apresten al trabajo».

El paso de la técnica a los países de color fué para Spengler el comienzo de los errores decisivos, o lo que es lo mismo, la ruina de la civilización occidental. En vez de mantener secreto el saber técnico—prorrumpió en medio de su desolación—es decir, el mayor tesoro que los pueblos blancos poseían, fué ofrecido a todo el mundo orgullosamente, en todas las escuelas superiores, de palabra y por escrito y se aceptaba con orgullosa satisfacción la admiración de los indios y de los japoneses. En lugar de exportar productos se exportaban secretos, procedimientos, métodos de ingenieros y organizadores. Hasta los inventores empezaron a emigrar. Todos los hombres de color penetraron en el secreto de nuestra fuerza, lo com-

prendieron y lo aprovecharon. Los japoneses llegaron a ser en treinta años, técnicos y peritos de primer orden y en la guerra contra Rusia demostraron una superioridad técnica militar de la que sus maestros mismos pudieron aprender. El egoísmo spengleriano era de un duro contenido.

Sus palabras finales, en ese libro que es como el canto de una naturaleza humana que no se resigna a morir, son graves y melancólicas. Parecen como la postrer lamparada de una civilización que ha sido cercada por los enemigos y se encuentra en trance de sucumbir. El mundo de los primitivos se ha llenado con los dones de la civilización fáustica y asestará el golpe de muerte a la poderosa civilización blanca, que asesinó sin piedad en la Gran Guerra, con instrumentos perfectos y que demostró ser tan sanguinaria y cruel como las razas repudiadas de color.

«En vista de este destino—escribió Spengler en la página final de *EL HOMBRE Y LA TÉCNICA*—sólo hay una concepción del Universo que sea digna de nosotros: la ya citada de Aquiles, cuando dice que mejor es una vida breve, llena de hazañas y de glorias que una vida larga sin contenido. El peligro se ha hecho tan grande para cada individuo, cada clase, cada pueblo, que es deplorable el pretender engañarse. El tiempo no puede detenerse. El optimismo es cobardía. Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanzas en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se encontró delante de una puerta de Pompeya y que murió, porque al estallar la erupción del Vesuvio, olvidáronse de licenciarlo. Eso es grande; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre».

Había, sin embargo, en Spengler una como intuición poderosa de América. Había visto ya en el «continente del tercer día de la creación», como expresara Keyserling, la transmigración o el escenario de una civilización que podría ser como el escudo de Eu-

ropa, y en la cual los dones fáusticos tendrían el equivalente perdido en las espesas resacas de la decadencia vaticinada para la que fué madre de la nuestra: Esa esperanza en el continente virgen, esa fe arrojada como áncora cuando se presiente el naufragio, subía en el corazón del visionario germano, como en el amanecer desde un barco, las costas apenas diseñadas de la tierra prometida.

Mariano Latorre

Primera glosa sobre la novela americana

(A propósito de «La Cosecha» del escritor colombiano Osorio Lizarazo)

SOBRE LA NOVELA EN GENERAL



A novela colombiana, a partir de Eustasio Rivera, cambia radicalmente de técnica y asunto, alejándose de su tradición, la del siglo XIX, que era la vieja estructura de la novela, es decir, la de la novela sin la intervención del novelista y con un medio, unos personajes y una acción objetivas, producto de la observación y de la experiencia humana del creador,

Se conecta en este sentido la novela con la epopeya, siendo su evolución moderna, no su degeneración, como he leído en algunos teorizantes o estetas franceses y españoles.

Según ellos, el bastardeamiento del género consistiría en que la novela no se escribe en verso, lo que podría extenderse, siguiendo el argumento, al teatro moderno, comparado con el antiguo.

Y el uso de la prosa en el teatro, que yo sepa, es un progreso, no una degeneración,

En mi concepto, la razón es otra y abarcaría tanto al teatro como a la novela.

El héroe de las epopeyas primitivas y el del teatro del siglo XVI, en líneas generales, es casi siempre héroe caballeresco, producto de épocas excepcionales, de formación de pueblos o de grandes acontecimientos. La conquista de América, por ejemplo, en la literatura española.

El héroe, poetizado por un juglar o por el poeta culto posterior, parece exigir el ropaje rítmico, la entonación del alejandrino o el puño cerrado de la octava real.

El héroe actual es el burgués. Su personalidad mediocre no tiene relieves caracterológicos. Su vida carece de gritos y heroicidades y en la enumeración de los detalles, los más menudos de su existencia en las grandes urbes, en su lucha con el medio o contra el explotador, residirá su fuerza, la calidad humana de su creación como héroe novelesco.

Así me explico el «Babbit» de Sinclair Lewis, tipo medio de la vida norteamericana y cuya fijación en la novela de Lewis con la insignificancia de su vida, pero vida al fin, es uno de los más poderosos esfuerzos de creación de la literatura de América,

Lewis no ha buscado en sus novelas el sensacionalismo de la técnica. Aplicó su observación de hombre a un fenómeno social, de hombre, doblado de novelista,

y el resultado ha sido una viva reproducción de la sociedad yanqui de los últimos tiempos, porque a «Babbit» hay que agregar «Calle Principal», «Elmer Gantry», «Ann Vickers» y otras obras del autor.

Waldo Franck y John Dos Pasos, sensacionalistas y fragmentarios, nos han dado una visión falsa en sus intentos de interpretación de la vida moderna de Norte América.

El sajón y pondremos también a su lado a Teodoro Dreiser, de origen alemán, ha penetrado más a fondo y ha abarcado la totalidad de la vida actual de Estados Unidos.

Los otros están más cerca del periodismo, del reportaje elevado a la categoría literaria.

El defecto es el abandono de los cánones esenciales de la narración al invadir el periodismo, la pintura impresionista, la psicología o la ciencia médica o los desbordes retóricos de un lirismo algo enfermizo.

Si el genio de James Joice o de Proust ha justificado en el *Ulysses* o en la observaciones micro-detallista de la búsqueda del tiempo perdido, un método o una técnica que están más cerca de la ciencia psicológica que del arte, cierto es, también, que las obras de Joice y de Proust tienen más el aspecto de documentos científicos que de novelas.

Dejar a un lado tales sistemas que se justifican en países de una psicología más complicada y decadente: como los europeos, para vitalizar el arte puro de narrar es casi una creación genial en el actual momento de

América, el porvenir, en mi concepto, de la prosa narrativa en países que están muy lejos de su forma definitiva.

La exposición de los hechos, agudamente captados por el novelista y unidos por un argumento real que tenga, al mismo tiempo, interés romancesco, más la decoración del paisaje virgen de América es algo más difícil, como realización artística, de lo que a primera vista parece.

SOBRE LA NOVELA DE COLOMBIA

En la América española, sobre todo en Chile y en Colombia, existió la novela autóctona como una interpretación de la vida americana, antes que en Argentina y que en Estados Unidos.

Norte América fué colonia intelectual inglesa durante la primera mitad del siglo XIX.

El descubrimiento del oro californiano y la epopeya de su explotación encontraron un intérprete en Bret Harte y en sus Bocetos, cantos de un poema racial que reveló a los escritores del Atlántico el tema vernáculo como algo más esencial, más humano que la convencional imitación de los escritores de la época victoriana.

En Argentina, la revelación de la pampa está en el *Facundo*, pero no tuvo continuadores. La novela autóctona se desarrolla mucho después, casi contemporáneamente y por influencia de la literatura uruguaya.

En Chile aparece anticipadamente un gran novelis-

ta, Blest Gana, que pinta en un ciclo de novelas de observación exacta, aunque, a ratos, disfigurada por la tinta rosa de lo romántico, la sociedad chilena desde la Reconquista hasta un período posterior a la guerra del Pacífico.

En Colombia, es Eugenio Díaz el que puede comparársele.

En «Manuela», única obra del autor que conozco y que supongo la más representativa, nos describe las selvas y los ríos tropicales y sobre todo, la vida de los trapiches, en la Colombia de principios del siglo XIX. Los críticos colombianos han olvidado por completo esta admirable novela y si alguno de ellos la analiza, Gómez Restrepo, por ejemplo, es para juzgarla con criterio moderno y exigirle técnica y estilo de un arte más avanzado y por lo mismo, más seguro de los resortes de la composición.

Pero en «Manuela» hay algo que rara vez se encuentra en los pulidos estilistas de la hora actual en Chile y en Colombia. Hay una novela.

Novela por la virtual calidad narrativa, por la novedad del escenario y por la vida de los tipos que en él discurren.

Ha descrito las sabanas de Bogotá, José Manuel Marroquín en su novela «El Moro», autobiografía de un caballo que revela en el autor condiciones narrativas de primer orden.

En las descripciones de la vida elemental de una estancia del valle del Cauca, que enmarcan el ingenuo

idilio de «María», de Jorge Isaacs, está el valor permanente de la novela.

Y «Pax», de Lorenzo Marroquín, a pesar de las fallas de la acción, nos ofrece un cuadro vivo de las guerra civiles que agitaron a Colombia a principios del siglo.

Pero en Tomás Carrasquilla es donde el género se eleva al arte verdadero, no sólo por la riqueza sabrosa del estilo, sino por la hondura psicológica de los personajes.

Carrasquilla es un caso de excepción en América, como lo es en Chile Blest Gana.

Novelista de tal calidad creadora que el ambiente que les tocó en suerte novelar les viene pequeño y el genio del novelista lo agranda y lo ennoblece.

El drama provinciano de Antioquía y su viejo tradicionalismo colonial en Carrasquilla, como la pobre aldea que era Santiago a mediados del siglo XIX en Blest Gana, no eran escenarios dignos de un gran novelista, pero el artista superior se nutre de la vida que ha vivido y ha sentido, (es el caso de Cervantes y de la Mancha), y a este milagro debemos «La Marquesa» de Yolombó y «El zarco» y «Durante la Reconquista» y «Martín Rivas».

En Carrasquilla se detiene la evolución de la novela colombiana.

En Chile, la huella de Blest Gana ha tenido mejor suerte, pues Orrego Luco, Rodríguez Mendoza, Joaquín Edwards Bello, Alberto Romero, y en este últi-

mo tiempo Sepúlveda Leyton, continuaron el estudio del medio social santiaguino en la clase alta, media y popular, siguiendo el crecimiento mismo de la ciudad y dándonos unos de los cuadros más completos de la evolución social de un país.

En el caso de Colombia, me explico el fenómeno por la aparición de «La Vorágine».

«La Vorágine» se aparta del medio urbano y lleva la novela a la vida aventurera y a medios desconocidos y trágicos. Va en busca de héroes. La ciudad significa perversión y vida convencional. En la mentira, el espíritu libre se ahoga y desaparece.

La salvación está en abandonar el artificio urbano y buscar la libre expansión de la personalidad en la lucha con la naturaleza, en la selva virgen, en la vorágine, como el novelista la califica.

Había en Rivera un artista de superior calidad, de esto no hay duda, pero esa calidad artística no era la de un novelista, de esto tampoco hay duda.

Rivera fué un poeta épico fuera del tiempo, de fulgurantes metáforas y plástico estilo que recuerda a Víctor Hugo y también a Nicasio Gallego y a Quintana.

En la narración, tales características lo han perjudicado.

«La Vorágine» es, ante todo, el descubrimiento de un motivo virgen en la literatura castellana, la selva amazónica y la dramática aventura de los caucheros,

apenas insinuados, como caracteres novelescos, en las trescientas y tantas páginas del libro.

He dicho: motivo virgen en la literatura castellana, porque ya la selva tropical había sido descrita genialmente por Euclides Da Cunha (*Os sertoes*) en portugués y por algunos ingleses, Stevenson y Hudson entre otros.

El abandono de las reglas elementales del arte de narrar, del arte de componer para substituirlo por la fastuosidad del estilo o la novedad del motivo, ha convertido la mayoría de las novelas colombianas modernas en bellos poemas, donde la retórica, casi siempre de calidad superior, tiene más importancia que el drama humano.

Es el caso de Uribe Piedrahita, cuya «Toa», (muy apreciable, por lo demás) es una serie de cuadros sobre la vida de los caucheros, sin relación alguna, con la agravante de no ser ni novela ni poema.

Son los novelistas actuales de Colombia prosistas insuperables. La tradición no se ha perdido. Continúan siendo los más auténticos herederos de Castilla en Sud América, pero se alejan cada vez más de la novela y entraña esto un grave peligro para el porvenir de la prosa narrativa.

El alejamiento del fenómeno observado, su estilización razonada crea una novela ficticia, cerebral, donde no sucede nada.

Es lo que Andrés Thérive, en un reciente artículo publicado en «Le Temps», califica de irrealismo,

es decir, la historia soñada que se escuda en la alucinación, en la poesía, en lo feérico y yo agregaría en la tendencia a convertir la obra de arte en propaganda social, imitada de los rusos que, por la tiranía del Gobierno comunista, obliga a los novelistas a ensamblar la novela real con la novela inventada como se advierte en «El Volga desemboca en el mar Caspio», de Pilniak.

Yo sigo creyendo como Brunetiere:

«Desde hace cincuenta años una buena novela es la que recuerda, ante todo, a una novela de Balzac».

SOBRE «LA COSECHA», DE OSORIO LIZARAZO

La novela pura, real, en el sentido de Thérive, con calidad de vida y en que la acción, el ambiente y los caracteres viven por sí mismos sin que el autor los apuntele con malabarismos técnicos, estilo florido o alardes psicológicos, no se ha perdido en Colombia.

No hace mucho tiempo anotaba las excelencias narrativas de una novela de la vida calentana «El Gavilán», de Sánchez Gómez y ahora me toca analizar «La Cosecha», de Osorio Lizarazo, sobre los cafetales; novela de primer orden en el sentido que venimos señalando.

No tengo datos sobre el autor. Sé que es periodista. Supongo que en Bogotá. Tal vez de provincia, de Barranquilla, porque en este puerto firma una novela «El Criminal», en 1902.

Y aquí una observación bibliográfica. Rara vez los libros colombianos nos dan noticias sobre los autores. Ni siquiera someras bibliografías.

Me dan la impresión algo provinciana de que se publican para no salir de los límites de Colombia.

Autores y editores ignoran que en todo Hispanoamérica hay una curiosidad viva por todo libro, de cualquier género, que interprete un problema americano.

Y además, que en países como Argentina, Uruguay y Chile existen cátedras universitarias, dedicadas al estudio de la literatura hispanoamericana. Un prólogo, una nota bibliográfica reciente son más útiles que los datos de una antología o manual, las más de las veces, inocuas y convencionales.

Posee Osorio Lizarazo una cualidad primordial, en mi concepto, en el novelista: el equilibrio, la armonía de la composición.

Ni el poeta, ni el paisajista, ni el psicólogo, ni el estilista desentonan, por exceso de uno de sus componentes, en el conjunto de su novela.

Es el ensamble armonioso de todos esos aspectos lo que constituye su superioridad sobre Rivera y sobre la mayoría de los novelistas actuales de Sud América. Una superación de técnica que sólo hemos visto en Azuela, en Güiraldes y en menores proporciones en Rómulo Gallegos.

Descontando la novedad del escenario, no sé de otro novelista que haya descrito la vida de los cafetales. Y

en esa zona austral nada sabíamos de su cultivo y de las gentes que derivan de ellos, con ser tema tan americano.

La cálida tierra en donde crecen los cafetos, los hombres que los cuidan y los cosechan, los comerciantes que lo explotan, en el campo mismo y fuera de él, son el asunto de la novela de Osorio Lizarazo.

Para mí, por lo menos, hombre del sur de América, su lectura me ha revelado un secreto y me ha hecho vivir en el campo colombiano de las vertientes, como llama López de Mesa a los valles de su tierra.

Y ahora, al beber el café, mi imaginación me finge en la negrura de su esencia algo del cielo del trópico y de los fuertes soles que lo hicieron madurar en un rincón lejano del norte de América del Sur y del dolor humano que lo arrancó de la tierra.

He ahí el milagro del verdadero novelista.

Vuelvo a observar en estos personajes de Osorio como lo recalqué en los de Sánchez Gómez, un primitivismo desbordado y trágico que no se produce en nuestros campesinos, más fríos y lentos en sus pasiones.

En un principio pensamos en una exageración del novelista, arrastrado por la dramaticidad de la acción; pero a poco que ahondemos se nos aparecen aspectos semejantes en la vida de los colonos del sur de Chile.

Cunco, Pucón y Villarrica, en la época de la explotación del raulí, recuerdan la aldea pintada por Osorio y la vida elemental del colono, instalado en la selva virgen, es muy parecida a la de los colonos de los

cafetales, idénticas sus pasiones y sus riñas y hasta el pesado poncho del sur lluvioso es la ruana ligera de las tierras cálidas. Al vino de los viñedos chilenos lo sustituye la caña y a la luz del aire calentano estos cielos altos y desvaídos, donde navegan unas nubes blancas que parecen trozos de volcanes que se hubieran evaporado repentinamente.

No nos explica Osorio si esos hombres son mestizos o españoles puros, mulatos o cuarterones, pero lo suponemos, sin embargo.

Y así, el problema de la tierra se hace uno en todos los países hispanoamericanos, salvo en la pampa argentina, donde la emigración europea y la industrialización de los productos de la tierra ha hecho del gaucho matrero un obrero moderno y salvo, naturalmente, Bolivia, el Perú y el Ecuador, donde el coya puneño o el yanacona de la costa siguen tan explotados como en la época de la encomienda por el gamonal, heredero legítimo del antiguo encomendero.

Osorio encara el problema social del campo colombiano en cuanto artista. Es la intensidad del drama, la justa observación de los medios de producción y de su intercambio comercial, lo que hace de «La Cosecha» una novela de tipo social. Y ha hecho bien.

La novela, en mi concepto, no debe ser un instrumento de propaganda ideológica como ha sucedido en Rusia y está ocurriendo en México y en el Ecuador. La tesis y la intención de probarla, destruye el valor artístico de la novela.

Bien está que la capacidad de vida lograda, al desarrollar una acción, fijar un medio y dibujar unos caracteres, denoten la explotación de una clase social y se vean, inmovilizados por el sortilegio de la creación, los males de un sistema y los errores de un Gobierno, pero el novelista no debe invadir el campo del sociólogo, ni especular como un pedagogo cualquiera, falto de ideas y de asunto, ya que la confusión de los géneros, como dice un crítico francés, es un signo de inferioridad artística.

El novelista es, ante todo, un creador de vida, un cerebro capaz de penetrarla y convertirla en obra de arte.

He aquí el milagro del libro de Osorio Lizarazo. Los aciertos descriptivos, la dramaticidad de las escenas y el vivo relieve de los caracteres, nos trasladan, sin esfuerzo a la tierra colombiana.

Vemos el valle calentano con sus cedros y guaya-canes y el cerrado ejército de los cafetos y los guamos, donde tocan su estrepitosa corneta los loros andariegos, la nevada de las floraciones o el estallido rojo de la madurez, en la época propicia.

Y no nos son menos familiares los héroes de la tragedia, desde lo abulia de Ernesto Martínez a la repugnante animalidad de Rafael Gómez o al machismo primitivo de Pedro Rincón. Y las hembras, viciosas y animales, pero heroínas de la vida a las que su destino trágico las sometió.

Novelas como «La Cosecha», aunque admitamos que

las tintas empleadas en la pintura de crudas y de amargas, son las que hacen falta en la novelística americana.

De este modo, conoceremos el íntimo problema de la tierra, base de la nacionalidad, ya que las ciudades, salvo excepciones señaladas, están demasiado europeizadas y no nos muestran las características de una raza, en un momento de su evolución.

Alfonso Cravioto

El Sarape de Saltillo



ARAPE del Saltillo!
Arco iris en el ovillo:
suavidad, pompas y brillo.

Chupamirto vuelto tela:
quetzal plano que revuela
cuando canta la vihuela.

Muy indio y muy andaluz
en joyas la flor del día,
lanzando, en tu omniconía,
pistoletazos de luz,
brochazos de pedrería.

Y evocas los bandoleones,
las desveladas canciones
cuando rondan los balcones.

El «gallo», la serenata;
la niña que se recata
rebujándose en la bata;
y espuelas, machete y reata.

Vocerío en burbujeo;
plata y oro en centelleo;
carreras, tumbo, ajetreo:
cabriolas de jaripeo.

El charro en yegua mapana
con su reata zamorana
dibuja con la mangana
la firma más mexicana.

Ferias. El «zapateado»:
la «China» agita el tablado
embebiendo al que ha apostado
al «giro» y al «colorado».

Tiros. Aprestos guerreros,
fulguraciones de aceros;
atraviesan hazañeros
«chinacas» y guerrilleros.

Y te vuelves oblación,
y en ti flamea el corazón
del pueblo en revolución.

Sarape de pedrería
que con máscara hidalguía
despliegas tu gallardía:
¡bandera de la Alegría!

Sarape que en paz o en guerra
siempre eres jardín que encierra
chorros de luz de mi tierra.

Estuche del charro mozo;
paleta a la vez y embozo;
flámula y joyel de gozo:
bello macho del Rebozo.

Arco iris en el ovillo,
suavidad, pompas y brillo...
¡Oh, Sarape del Saltillo!

Domingo Melfi D.

La influencia del campo en la novela chilena



Si se examina la literatura novelesca de Chile se encuentran en ella sólo por excepción, las novelas destinadas a pintar la vida de las ciudades o los conflictos que se incuban y estallan en las ciudades. Las novelas chilenas suelen comenzar su acción en un poblado para terminarla en el campo. Generalmente el personaje sale de vacaciones, o va a pasar algunos días de convalecencia en un rincón de montaña, o se recoge a vivir una existencia de abandono en un lugar lo más alejado posible de las ciudades. Como si se dejara llevar por un vigoroso impulso deja a su espalda todo lo que constituyó su existencia de halagos y de placeres y trata de identificarse con la vida agreste y primitiva de los campesinos. Le acompaña a menudo una pasión contrariada o lleva en su corazón una incurable herida de amor. En torno a estos motivos figurados el campo teje y desteje sus impresiones emocionadas. Los viajeros que salen a recorrer las tierras del sur, no regresan contándonos mara-

villas de las ciudades que se han formado con el esfuerzo gigantesco de colonos y criollos en medio de las selvas, arrasando bosques y limpiando la tierra en la que plantaron caseríos como si fueran árboles. En largas tiradas describen los sitios pintorescos de la naturaleza selvática, cantan sus ríos turbulentos o sus bosques inextricables. Parecen esos relatos, guías para turistas extranjeros, itinerarios en los que la emoción va dejando unas huellas coloristas y alborozadas.

Las ciudades no cuentan, porque el campo domina allí con el sortilegio de su belleza o de su fertilidad. La tendencia del escritor le lleva a internarse en el campo, a envolverse en las múltiples circunstancias que forman el más considerable motivo estético de nuestra literatura. En otras oportunidades me he referido a la generación literaria chilena del 900. Fué ella una generación de escritores campesinos y puede decirse que descubrió el paisaje, olvidado en las novelas anteriores a ese período o, por lo menos, apenas visible en las creaciones de los escritores del siglo XIX. El inquieto Jotabeche, que muchos consideran como el creador del cuento criollo, pasó por el campo un poco de prisa, anotando uno que otro aspecto de su múltiple presencia. Prefirió para exornar sus cuadros costumbristas, la región seca y desolada del norte, en donde había pasado la mayor parte de su juventud. Blest Gana, el novelador de los últimos restos de la vida colonial y de la emancipación, fué, asimismo, hombre de la ciudad. Sus creaciones son casi todas novelas de ciudad.

Pero la generación del 900 no sólo está impregnada del modernismo estético que acaba de desembarcar en nuestras costas o cruzado la cordillera, en hombros de Zola, Gorki, Mallarmé, d'Annunzio, Ibsen, Nietzsche, Dostoiewski, Tolstoi, sino de la piedad hacia el hombre obscuro de los campos. Todos los escritores europeos nombrados encarnan la ideología revolucionaria social o estética, que los escritores chilenos adoptan en forma insensible. Se trata de exaltar a los que sufren, exaltados ya en las obras de Dostoiewski, en las de Tolstoi, Gorki y Zola, o bien renovando las formas de la lírica a través de los maestros del simbolismo.

Thompson inicia en la novela «Juana Lucero», publicada en 1902, con la pintura del ambiente de una casa de prostitución, el estudio de las miserias humanas de la ciudad. Hay reminiscencias de Zola y de Dostoiewski. Un naturalismo seco, una crítica amarga de la sociedad de su tiempo, conmiseración por los explotados, tendencia a levantar del fango la figura melancólica y un poco romántica de una mujer que ha entregado su vida a la dura ley de la prostitución. Idéntica piedad nutre las narraciones de Baldomero Lillo en las que aparece por primera vez el pueblo en todo su triste abandono. La creación de Lillo es exclusivamente el campo, o sea, la vida subterránea de las minas. Sus cuentos son relatos agónicos, pronunciamientos de un hombre que ha vivido junto a los mineros y los pinta con la dureza con que la vida marcó en él la huella sorda de la angustia.

En todo caso, esa generación entera se ha vuelto hacia el campo. Se interna en sus quebradas, en sus valles, en sus alamedas y cruza sus ríos torrentosos o trepa los repechos cordilleranos internándose en las ásperas gargantas. Más que hombres identificados con el campo son observadores un poco fríos de la vida campesina, que descubren como elemento fundamental de creación estética. Para esa generación de escritores el campo vale más que la ciudad. La ciudad es intriga política, cruzamiento de ambiciones electorales, y no ofrece novedad grande en materia de tipos. Sobre este punto hemos insistido en otras oportunidades y no lo haremos por ahora.

Es el nuestro un país de sociedad campesina, aunque esto pueda parecer paradoja. Si se examina también el fondo de la legislación y más lejos aun el fondo de las constituciones que han regido, unas, más largamente que otras, el destino de la nacionalidad, se encuentra en ellas la sombra del campo o mejor que la sombra, la poderosa voluntad del campesino rico. Tanto como decir la sugestión inexorable de la encomienda. También el campesino tuvo miedo al jurista de las ciudades. Comprendía que en este ejemplar medio diabólico, medio intrigante, con alma de doctor y de maestro—heredero igualmente del señor engolado de la Real Audiencia o de los oidores que comerciaban detrás del mostrador de sus «baratillos» o en los estrados de la casa de justicia—se fraguaba en lo invisible, en la macuquería, que era como una modalidad inconsciente,

la servidumbre del campo y sus hombres. La ciudad con todas sus leyes y todas sus ceremonias no era tan fuerte como la extensión campera en la cual, bestias, hombres y productos, constituían la fuente de riqueza de las ciudades orgullosas. Porque la naturaleza imprimió en la América, desbordada de pampas, de ríos y montañas, su signo y su marca sobre el hombre y sus leyes.

Cuando Portales se aprestaba en 1830 para dominar desde la ciudad el territorio hostil y cruzado por la revolución, lo hacía en nombre del antiguo encomendero, señor de la tierra en la que debía apoyar su señorío. El Estanco que él había manejado como una anticipación de su poder, era una red inextricable de intereses, enraizados en la tierra. La oligarquía que lo sostuvo, mientras cumplía su tarea de organizador, era oligarquía agrícola, erguida contra la ciudad que engendraba a los revolucionarios y conspiradores. Parece una contradicción, pero si se examina su contenido se verá que el «hombre de los hechos» no concebía otra realidad que la del campo, imagen de la fuerza, de la permanencia sobre la intriga efímera del hombre ciudadano, más artificial y menos seguro de su poder que el dueño de la tierra. Más tarde el continuador, esta vez jurista, pero consciente de la realidad que lo dominaba, Montt, también iba a ponerse al servicio de la oligarquía agrícola, para dominar el caudillismo de las ciudades. En Montt no abdicó el campesino. Era de la tierra montañosa, en medio de la cual los caseríos nada significaban. Esos

caseríos eran como las tolderías o los campamentos de los mineros y agricultores, en medio de los que habían vivido sus antepasados y él mismo había crecido, impregnándose de los jugos de la tierra.

La sociedad de la capital fué siempre sociedad campesina. La casa solariega de hace 20 ó 30 años, que la modernidad destruye cada día, parecía en la ciudad una avanzadilla del campo. En el zaguán se descargaban las carretas que llegaban de los fundos y muchas, veces también en medio del patio empedrado con la piedra de «huevo» de los ríos. En ese patio de gran vivienda campestre, con un naranjo erguido en el centro, quedaba la carreta de toldo con su pértigo dirigido hacia el cielo y los bueyes rumiando cerca de la ventana del patrón. Un vaho de establo, una fragancia de potrero, un aroma cálido de bodega repleta de trigo y cebollas impregnaban la casa y también la calle amodorrada y silenciosa. Hubo un tiempo, en los primeros años del siglo, en que ciertas calles de la ciudad tomaban el aspecto de ferias. Frente a todos los portones, una carreta de toldo de lona amplia y cómoda como una habitación, mostraba sus ruedas cubiertas con el barro de los caminos y su interior henchido con los productos que se traían del campo. Perros pequeños y sucios pululaban cerca de los bueyes agobiados por el yugo. Y entre las carretas, dando voces, de una a otra, discurrían los mozos del fundo y las sirvientas de la casona, que salían y entraban con anchos canastos de dos orejas.

Este cuadro no era sólo privativo de la capital. Po-

día verse en las calles principales de todas las ciudades de provincia. Una red larga y lenta unía en el mismo destino el país entero. El campo penetraba en la ciudad, se instalaba en sus calles o tomaba colocación en los patios de las casas. Entre mis recuerdos de estudiante, se yergue uno que no he olvidado: el de un profesor de historia que solía llegar al Liceo montado en un caballo y luego de desmontarse, entraba con su manta doblada sobre un hombro, a la oficina en donde los profesores reunidos esperaban la hora de la clase. Ese maestro vivía en el campo y cuando le correspondía hacer su curso, si la hora lo sorprendía a caballo, tiraba de la rienda en el potrero que había salido a recorrer temprano y a través de los caminos galopaba hacia la ciudad cercana. No cambiaba su apero de campesino, porque seguramente para él, la ciudad era lo transitorio y sólo el campo a donde regresaba más tarde, la permanencia y la razón fundamental de su vida.

La literatura ha tomado la forma de la sociedad misma en que nació. Los escritores chilenos denominados criollistas,—nativistas en otras partes,—han hecho lo que casi todos los escritores americanos de otros pueblos: emprender la conquista estética de la naturaleza. Esta naturaleza forjó la nacionalidad; fué la reserva para las ciudades que empezaban a llenarse, unas más que otras, de cosmopolitismo y en ellas encontró siempre el derrotado de las ciudades, el punto de apoyo para rehacer su fortuna o para robustecer su desmedrada

humanidad maltrecha por el óxido de los placeres y por la estéril holganza.

La ciudad ha estado siempre dominada por el campo, porque las grandes fortunas que son las que dan el tono en estas repúblicas se formaron en el cultivo de la tierra o bien en las minas, en los despoblados, que en cierto modo constituyen también sectores del campo. De suerte que esos elementos poderosos llevaban el campo a la ciudad; queremos decir sus costumbres patriarcales—hoy perdidas en gran parte por las nuevas costumbres de la civilización mecánica—sus sentimientos elementales, su sentido simple de niño grande, ante la vida. Los caciques de las provincias, hoscos terratenientes, cuando no podían llegar hasta el parlamento, enviaban personeros elegidos especialmente para estas funciones. Les daban sus votos—departamentos enteros—y el sostén de su prestigio de hombres ricos. De este modo prolongaban en la capital la influencia del campo, puesto que caminos o canales de regadío eran construídos en cada provincia de acuerdo con las peticiones de los caciques y jueces y gobernadores de acuerdo con sus exigencias políticas.

El escritor del 900 vió sólo la parte estética del campo, su paisaje y sus tipos como elementos de decoración. El sufrimiento del inquilinaje, su sometimiento a la autoridad omnímoda del terrateniente, sus penosas andanzas, no fueron examinados en profundidad. Pero en todo caso era la primera expresión seria de una literatura que trataba de hincar su examen en la reali-

dad de la existencia dolorosa del campesino. Es probable que la influencia de los escritores europeos haya sido considerable en los escritores chilenos que dedicaron su esfuerzo a la pintura de los motivos de la naturaleza. El campo ha sido siempre lo más típico de la vida chilena y en él se conservan todavía costumbres y hábitos que no han sido destruidos por la arrogancia de la civilización moderna.

No puede afirmarse que el campo ha sido ya enteramente explotado por el escritor. Si la literatura campesina tiene en su haber un núcleo importante y valioso de obras destinadas a sustentarla, tal núcleo no constituye todo el campo ni representa toda la riqueza temperamental de sus tipos. Sería curioso, sin embargo, un estudio que partiendo de la tragedia de la encomienda en la cual el trabajador vivía como una bestia dominada, se llegara a esta modalidad nueva de la vida campesina, a través de las grandes supervivencias de encomenderos que fueron el hacendado del siglo XIX y el latifundista de comienzos del siglo XX. Tal trayectoria sería, en el dominio estético, enteramente igual a la trayectoria recorrida por la formación social y política de Chile, en los tres períodos más fundamentales de su desenvolvimiento: Colonia, formación y organización de la República y tiempos de crisis, o sea, tiempos de descontento y de protesta. Puestos a trazar el esquema de esta serie de novelas, habría que partirlo en tres porciones: la novela del encomendero, con todos los dramas que generó su temible autoridad; la novela del

«patrón» del siglo XIX, patriarcal y corregido en su violencia por la emancipación y las ideas liberales y el dueño de grandes haciendas del primer cuarto del siglo XX, en el que subsiste algo del encomendero, corregido a su vez por la explosión de las nuevas modalidades políticas y sociales de post-guerra.

Estas novelas no se han escrito (por lo menos no se han publicado) porque el escritor chileno ha estado trazando caminos de exploración a los escritores de generaciones más nuevas. Fenómeno que es natural en las literaturas de América, sujetas casi todas, en su creación artística, a iguales comienzos y a idénticos procesos. Federico Gana, por ejemplo, escribió los relatos breves de sus «Días de Campo», como anticipaciones todavía tímidas de una existencia llena de dramas. En él no había patetismo, ni sentido hondo del dolor del explotado. Era un poco el narrador aristocrático, que sentía piedad por los tipos del mayordomo y de la hija del mayordomo, condenados a soportar la servidumbre sin queja, con un espíritu maravillosamente fatalista. Un escritor se acerca más tarde al borde de la sima sombría para sorprender el trágico signo del hombre del pueblo: Baldomero Lillo. La temperatura de la creación sube a medida que el escritor se inclina más y más sobre la vida penosa y vagabunda de los hombres oscuros. 1900 es etapa de bienestar económico. Hay cierta dulzura romántica en la vida campesina, o por lo menos en la refracción interna del observador. No hay problemas sociales hondos. El pueblo apenas se

hace oír. La miseria no ha logrado conmover aún a la juventud y la política se desenvuelve en un plano bizantino, en una oratoria fulgurante y estéril.

Pero sobrevienen, poco a poco, los síntomas angustiosos de la crisis y el cuento o la novela parecen seguir el trazo de estas huellas patéticas. Una huelga de obreros, en 1905 reprimida sangrientamente, abre, en los escritores, un surco de conmiseración que queda vibrando por largo tiempo. Un poeta, Bórquez Solar, maldice, desde la mano crispada de un muerto, que cuelga en la trasera de un carro y que llevan al cementerio, contra la sociedad que tales cosas ha permitido. Otro poeta, Pezoa Véliz, canta en versos musculosos al pueblo explotado, al peón de los campos, a la hija violada, al rancho humilde y a la casa del amo que trasuda crueldad. Más tarde los escritores entran en el campo y acometen desde más hondo la pintura, pero sin profundizar mucho. Son aún un poco estetas. Así surgen los libros de Maluenda, de Santiván, de Latorre, de Espinosa, de Diaz Garcés. En todos ellos, se muestra el campo, o bien la vida de los puesteros, de los bandidos, de las mozas violadas por los hijos de los dueños de la propiedad y de los peones de labranza.

En plena atmósfera de la Guerra Europea o después de la guerra, la literatura universal comienza a sufrir influencias profundas. Una racha de angustia golpea el mundo. La catástrofe sacude los pueblos hispano americanos y les abre de improviso, sin haber soportado ninguna de las consecuencias directas de la guerra, ho-

rizontes ilimitados. El campo deja de ser el sector de la belleza exclusiva, del peón bondadoso y fatalista, de la niña débil, del «cuatrero» audaz y andariego o de la población sometida sin rebeldías y comienza a cubrirse de tragedias. Cada choza es un pozo de rebelión, cada mina un nido de cóleras, cada peón un pedazo de la naturaleza humana que pide ser incorporado al gran cuadro de la civilización. Todo hierve en las ciudades, porque todos han descubierto que la existencia pasada era inconfortable y que es preciso acordarla a un ritmo más humano. Se ha comenzado a descubrir que el pasado preparó las duras jornadas actuales y que la explotación ha tenido un largo, accidentado y tortuoso proceso que es urgente revisar. Ha comenzado la crisis económica.

La literatura también quiere ser de la partida. El campo antiguo, romántico, de visión limpia e idílica, en el cual hombres, animales y chozas, simulan viñetas decorativas se ha vuelto sombrío, cubierto de amenazas, y sus pobladores están inquietos, como a la espera de grandes sucesos atmosféricos. El criollismo objetivo de los precursores se va a convertir en el criollismo subjetivo en el cual no sólo se pone de trasluz el alma agobiada del campesino, sino sus oscuros problemas, su postura en la colectividad y se tratará seguramente de levantar el velo para mostrar, desnuda e implacable, la entera tragedia de esas existencias.

Gabriela Mistral

Victoria Kent

UNA INDOLE.— Victoria Kent es una malagueña de media raza inglesa. Las dos franjas de sangre corren y se expresan en su carácter. Lleva de la mediterránea los óleos humanos que regara Roma en cada lugar en que se retardó creando una convivencia; lleva de anglosajona el sentido del aseo del mundo por la organización del trabajo colectivo y de la vida individual.

Su formación fué la común de la niña que aparece bien dotada en la escuela secundaria de la provincia. Después de su bachillerato pasó a la capital que, buena pulidora en su colegio especializado, «doma, tornea y lustra». Vino de su Málaga amasada por esos escultores ligeros y fuertes que se llaman luz y olas. Castilla tal vez haya cumplido en ella el trabajo que le atribuyen de estilización o rubricación de la criatura española. Victoria Kent hace visible en su vida un estilo; y ése es el de la escuela hispana del futuro: una eficacia aliada a la fineza; una profundidad antigua veteada de una modernidad expurgada.

Alta, sólida sin pesadez, la talla sajona y el rostro latino, la voz grave, que va bien con su alegato austero en el tribunal; la conversación en bloques netos de conceptos, y nunca divagadora. Su persona exhala una dignidad exenta de arrogancia. No es la pechi-erguida según llaman los españoles a la soberbia, aunque su autoridad fuerte arrastra a las mujeres detrás de ella hacia las faenas sociales. Quisiera saber como se llamaría en física la condición de los cuerpos graves que no son extáticos, pero que se agitan raramente, y me gustaría saber también cuáles son las materias que sin ser neutras, sino bastante individualizadas, influyen en sus semejantes y en sus opuestos. La fórmula de Victoria Kent andaría entre ese dechado de la física y este otro de laboratorio industrial.

De tarde en tarde se bendice la condición humana, cuando cae a las manos en un ejemplar cumplido; se olvida de un golpe el fracaso conocido sobre los muchos que viven a cien jornadas de la ecuación hombre o mujer de las épocas clásicas. Saludamos aquello como el éxito completo tras del cual se corrió mucho, cansándose primero y al final encolerizándose. Y se emplean algunas semanas en averiguarse al individuo con curiosidad bien dichosa.

FEMINISMO.—Hay en los gremios profesionales de mujeres, las que atraen por el temperamento mejor que por la ideología; hay otras a las cuales la técnica conquistada del oficio ha endurecido como una intemperie marina; y hay el género más común en el

feminismo: el que se bate a pura sentimentalidad en una liza donde sobran las lágrimas. Es raro de disfrutar en la masa de las sufragistas el caso de la conciencia lisa y llana. Parece que seamos las mujeres insinuaciones apenas apuntadas, hoces de luna nueva de una conciencia profesional o política. Pide ésta una larga escalera de estratos morales, y los cuajaremos en el porvenir, pero tan lenta camina la operación como van rápidas nuestras emancipaciones. El desequilibrio inquieta y con harta razón.

No me fiaría para entregarle la suerte de mi pueblo a «La temperamental» arrebatada que he dicho; ni haría camino muy largo al lado de la criatura mineriana, salida del seso de Júpiter y vaciada de entraña emocional. En cuanto a las emotivas, que en vez de hacer música se han puesto a hacer política, éstas suelen cansarse con su ignorancia gárrula. Pondría, eso sí, cualquier causa personal o gremial en las manos de una Victoria Kent de conciencia cenital, como de cuantas caen dentro de su familia o su orden.

POLITICA. —Llevaron a las Cortes Constituyentes a Victoria Kent unos electores que conocían la trayectoria de su vida, servicial y recta como una estrada romana, y allí estuvo haciendo, y no luciendo, durante dos años, en los debates. La seriedad de su carácter la conduce a repugnar desde la retórica de los frondosos hasta el cubiliteo de los ladinos. Donde hay industria activa sobre la cual poner la mano, realizando el bien para la colectividad, ella toma su sitio. Des-

provista en cuanto a medio sajona de la piel de raso que son nuestras vanidades, estará allí trabajando sin énfasis, sentada en la zona donde el ingenio vicioso espejea menos y no atrae a los novedosos y noveleros.

LA PENALISTA.—La República la colocó desde sus comienzos en un cargo desde el cual diese la medida de su energía y la nobleza de su cultura penal: le entregó la jefatura de las cárceles españolas.

Ella llevaba consigo esa materia en todo tiempo peligrosa—dinamita para los flacos de ánimo y para los aceptadores de su mal—que llaman con palabra desacreditada «ideales». Una pasión real del derecho le hizo seguir la abogacía; luego, sus años de un bufete, asomada a diario a las cárceles—¡y qué cárceles!—la había cargado de experiencia. Contra la costumbre del criminalista teórico, ella se sintió llamada a realizar en el cargo, cuanto planeó durante su vida: la reforma de los servicios carcelarios, ni más ni menos.

Realizó en catorce meses lo que es dable hacer en campo de calamidad tan dilatado, guerreando día a día con la vieja poltrona que es la costumbre perversa. Sus golpes de azada al régimen penitenciario fueron los siguientes: Aumentó la ración alimenticia a los presos, el que castiga, a lo menos ha de alimentar. Duplicó las provisiones de coberturas, pensando en que se hiela el que está quieto como un banco. Dió la orden, que azoraría a los jefes, de la recogida de las cadenas y grillos en las celdas de castigo. El dato pone no se qué es calofrío: mandó fundir los objetos infames para sacar de

ellos el hierro, que bastó para el monumento a Concepción Arenal. Llevo el baño y la ducha a los nuevos edificios carcelarios. Suprimió los cárceles llamadas de partido (de pueblos pequeños) que en varias partes existían en inefable revoltura con cuadras y... escuelas.

HEREDERA DE CONCEPCION ARENAL. — La obra en que se daría gusto entero fué la construcción de la nueva Cárcel de Mujeres de Madrid.

Ha contado Victoria Kent al periodista Angel Lázaro, que a lo largo de su vida, ella alimentó la idea de esta creación y que llegando a la jefatura general de prisiones se dijo como a sí misma y como a la otra que hay en nosotros: «Ahora hago la Cárcel de Mujeres». Cuenta que pidió al arquitecto: «Mucha luz, toda la posible. Una casa como la que quisiese una para vivir. Luz por todo costado. Seis patios. Seis terrazas y una soberana azotea general». El amor de holgura, aseo y claridad, no se quedó en las oficinas: maravilla en la cárcel nueva, por ejemplo, la magnífica cocina. Cuarenta y cinco cuartos de baño para la pobre clientela. Setenta y cinco dormitorios independientes, una gran enfermería, un honorable salón de actos, los talleres abastecidos para el trabajo manual, la biblioteca que es para los presos la cotidiana salida al mundo, y el santo departamento para las madres delincuentes que deben criar a sus niños. (¿Han pensado los jueces hasta la última raíz del concepto en la madre presa, que cría y en lo que ella cría?) Faltan en la nueva cárcel las

«celdas de castigo»; se han reemplazado con unas celdas de aislamiento para las reclusas rebeldes, y en ellas, la única penitencia es la separación de las compañeras. Victoria Kent ha dicho que cuando una mujer entra en esa cárcel, «conocerá un choque moral desde su primera pisada, y que esa casa empujará suavemente la buena crisis de su conciencia».

Ahí está plantada en el barrio de «Ventas» de Madrid la masa blanca, albergadora de la delincuencia mujeril. Su arquitectura ostenta la dignidad de las cosas hechas para un vasto servicio social; la sencillez geométrica que ha aventado barroquismos promete los modos judiciales de la época, ni sentimentalotes ni sargentescos. Victoria Kent ha debido probar una satisfacción profunda mirando su sueño de media vida vuelto pasta de piedra y logro aplacador. Las delincuentes castellanas de tres centurias vivirán, gracias a ella, bajo esos techos de clemencia y detrás de esas puertas más comunicadoras que tajadoras del mundo. Santa Concepción Arenal no pudo alcanzar en su tiempo este remate de su sacro empeño. Dejó sus libros a la manera de un fermento, y en química como en letras, las levaduras o revientan o enlindan la harina, por pesada que sea. A una distancia de cuarenta años, que pudieron ser menos, pero que no son demasiado, Santa Concepción Arenal, la gallega, gana su batalla por el brazo prestado de una mujer que comió su doctrina, en una eucaristía secreta. «Esta es mi sangre», dice cada libro esencial a su lector proato. Si tales hostias se co-

men en la adolescencia pueden más sobre nosotros, y Victoria Kent es un caso de esas adolescencias heroicas que auguran y cumplen unas madureces grandes.

Cuando le dijeron que el menester de la reforma carcelaria correspondía a varón y no a mujer, pudo contestar que manos viriles habían manejado el problema sin sacarlo de su encenegamiento en la crueldad o el abandono. Cuando la enrostraron «una anarquización del servicio», pudo desplegar el cuadro que encontró y enfrentar la libertad dichosa que ella trajo con la anarquía satánica encontrada al llegar.

Ella dice: «O creemos que nuestra función sirve para modificar al delincuente o no lo creemos. En el caso de no tener esta fe, todas las mazmorras y el repertorio entero de castigos será poco. Si tenemos, en cambio, esa fe, hay que dar al hombre trato de hombre, no de alimaña».

Son conceptos de la mente muy lógica que ella lleva, aun cuando la elevación doctrinal de ellos la haga aparecer a los palurdos como mujer de utopías lacrimosas.

IDEOLOGIA.—La teoría y la conducta política de Victoria Kent se resuelve en un ángulo formado de una democracia corajuda que acepta el socialismo y de una fórmula de realización que suaviza por medio de una densa cultura la realización de esa democracia subida. En éste como en otros puntos, camina con el equipo de las intelectuales españolas. Su espíritu de solidaridad parece que sea uno de sus atributos sajones más nobles: ella escoge parsimoniosamente el grupo hu-

mano con el cual se funde y al que no abandona por la pequeña disidencia de ayer o de mañana.

Admirable parece también su tino en Parlamento y asamblea; se podría sacar de sus discursos una pequeña antología de pensamiento social y de táctica política, que podía llamarse «Breviario de la sabiduría política feminista para el uso de mujeres latinas».

Es de estimarse en la literatura política de Victoria Kent la ausencia de cualquier forma de demagogia. Pudor escaso en la casta política, cuyo menester es el batir a las multitudes como a clara de huevo, pudor de líder de altura, delicadeza doblada por la condición mujeril. No sabemos la facilidad con que las feministas caen de bruces en la demagogia, a causa de nuestro terremoto pasional y de nuestro apetito de éxitos inmediatos.

Algunas lectoras podrían sacar, malamente, de este acápite la conclusión de que Victoria Kent es una diputada Centro-derecha, Centro-moroso o Centro-cómodo, y se equivocarían porque Victoria Kent es mujer de izquierda y de un doctrinarismo diamantino por su terca firmeza. Es probable que en nación de justicia social lograda, no fundase con sus amigos un partido radical-socialista; pero en la España que tiene que labrar los surcos, tan anchos como ella misma, del bienestar obrero y campesino, ni Victoria Kent ni otra criatura de su probidad podía elegir otro camino que el de una evolución social a marchas forzadas. La desorganización de los pueblos llamados hispánicos le golpea en las potencias con látigo errado; el hambre de

Castilla y Andalucía le castiga los sentidos cuando camina sobre el pecho o la extremidad de la Península.

SUFRAGIO FEMENINO.—Victoria Kent combatió en las Constituyentes el voto femenino, acarreándose con ello la hostilidad de los grupos sufragistas españoles y una verdadera explosión de los feminismos extranjeros más fogosos; una mujer y además una diputada, quería rehusar el voto a sus hermanas.

Ella no negaba ni siquiera discutía el derecho a voto de las mujeres. Pensamiento tan escrupuloso como el suyo no puede nutrir el concepto de un electorado eterno de hombres. Una mujer que ha hecho la jornada dantesca por los infiernos de este mundo, que se llaman niñez proletaria abandonada y niñez rural, y que se llaman, además, problemas judiciales y trabajo femenino pagados con salario de hambre, tiene que pensar en la creación de otra sensibilidad en el Estado entero, menester que cumplirá la única que trae unas manos puras y una conciencia no relajada a las legislaturas.

De puro fiel a sí misma y a la mujer en general, ella tenía en este trance «ojos para ver y oídos para oír». Se conocía la ignorancia de la masa femenina votante y pedía a las Cortes una pausa larga para la preparación del electorado mujeril. Victoria Kent resistió la embriaguez de vino generoso o de café negro que es la demagogia sufragista sajona o latina; sabe que no se trata solamente de que las mujeres votemos, sino de que no lleguemos hasta este campo tremendo del sufragio universal a duplicar el horror del voto masculino

analfabeto... Arribar con mejores prendas cívicas y, a ser posible, llevando una fórmula correctora del sufragio en general, era su intención sagaz. La mera obtención del voto y la satisfacción de la vanidad del sexo deben parecerle unas niñerías bastante atolondradas. Ha hecho la Casandra contra toda la cordialidad de su naturaleza que la lleva a las maneras suaves de convivencia así en hogar como en asamblea. La mujer española, en gran parte, votó contra la República que le regaló el voto, y esta frase ya corre acuñada llevando consigo una realidad alarmante. ⁽¹⁾

El tipo especial de opinión pública sin contorno acusado, que es el español, acaso salga de este mujerío votante que todavía no sabe qué es lo que quiere y a dónde va. Por otra parte, no son estas electoras españolas ningún fenómeno de necesidad y menos de maquiavelismo, sencillamente, fueron llevadas sin tránsito a una seria función política.

UNA FRASE.—He encontrado en uno de sus discursos, y como perdida, una frase de Victoria Kent, relámpago de esos que alumbran una zona del alma y gracias a los cuales suele captarse una criatura entera. Ella habla de los sostenes morales con que cuenta para su lucha y que llegan en su correo cotidiano y añade: «No se olvida nunca cuando un hombre o unos hombres en desgracia nos han llamado madre». Belleza grande de esos tres renglones que don Miguel de Una-

(1) Artículo escrito antes de las elecciones sorprendentes de 1936.

muno comentaría, sacando a la luz un género de maternidad que el mundo comienza a conocer: la maternidad de la jefe de prisiones y de hospitales o de las veladoras de salas-cunas, y que corre desde el gris desabrido de un funcionalismo laico enteco hasta una piedad patética o una mística vertiginosa.

HACER Y DESHACER.—Pasó la marejada reformista del primer Parlamento y vino una mudanza visual que un óptico sabría decir: las proporciones de la faena que se iba a cumplir disminuyeron; la República habló de pronto en una lengua alguacilesca que era de paños tibios o de subterfugios. Victoria Kent no se dió por notificada de un trueque de la República española y rehusó hacer concesiones, bajando calorías a su reforma. Había que irse, dejando los moldes abandonados a manos más consentidoras o quedarse rompiéndoles como una alfarería fracasada en el horno.

Tiempos vendrán, o no vendrán, de reanudar el santo trabajo de la cárcel recreadora de hombres, y al revés de los apóstatas de sí mismos, ella podrá volver trayendo su plan intacto, sin averiadura ni quebrajeo, para continuarlo en el punto y la línea en que se lo interrumpieron.

Entretanto—y puede durar lo que sea el interregno—ella da a quienes la vemos vivir, de cerca o de lejos, el espectáculo lujoso—la Ética gasta en ciertos seres un verdadero lujo—de una vida apostólica, tan llana en las maneras como subida en el rigor.

Nota lingüística acerca del «examen»



L alumno existe, si no exclusiva a lo menos principalmente para examinarse.

Este hecho, en sí, no constituye el peor de los males. Pero como algunos examinadores gozan con ser dueños absolutos de los destinos ajenos, el examen, la prueba o el certamen, como suele decirse, se ha convertido en algo extremadamente molesto y antipático para el examinando.

Se comprende, pues, que los niños se proponen llevar la contraria a los examinadores—no dejarse examinar.

Mas cuando existen condiciones favorables, la terminología usual refleja una atmósfera más o menos tibia; se dice: X da su examen y Z lo toma, en que se trata de un simple acto de entrega (cp. en alemán: ein Examen ablegen) y de recibir.

Pero no siempre se realiza un examen en forma pacífica; muchas veces se observa una actitud hostil, el examen llega a tomar forma de proceso, entonces se produce un conflicto, una lucha.

Que los examinadores no piensan sino en martirizar a los candidatos se ve por el hecho de que el proyecto de la ley de bases de la reforma universitaria de Madrid de 1933, habla de que se requiere para ingresar en la Facultad «sufrir un examen de ingreso». Y claro está que es grande el sufrimiento, pues el examinando es siempre el más débil, el que va a esta lucha en condiciones inferiores de fuerza, de manifiesta desigualdad de armas y termina por someterse a una de las pruebas.

Es prueba de resistencia que hay que soportar.

En México, los alumnos tratan de sustentar los exámenes o los presentan sencillamente, tal vez para ver si los severos sinodales que forman el Tribunal, se los aceptan. En Chile, los rinden, no tanto para hacer acto de sumisión, sino para darlos simplemente.

Cuando en esta lucha de fuerzas o armas desiguales el sustentante (México) no rinde todo lo que debe, será reprobado, o como se dice en algunas partes aplazado. Por eso la letra A mayúscula, inicial de la sentencia condenadora causa cierto espanto entre los examinandos, y para quebrantar la fuerza mágica, para evitar esa palabra tan desagradable «aplazado», la jerga estudiantil salvadoreña ha inventado el término pintoresco *piriado*, derivado de *pira*, que en su forma triangular \triangle se parece a la A mayúscula.

En Chile, los alumnos que muchas veces «calientan» el examen (en Cuba se habla de la *afiladura* de un

examen), pueden ser reprobados o mirando el efecto del examen con indiferencia, el examinador dirá que han fracasado, salido mal, no han pasado. Tal situación produce en los afectados por este resultado una reacción más apasionada, y mirado desde su punto de vista, los examinadores sacan mal a sus pobres víctimas, los rajan o los parten a veces hasta por el eje; (en Bolivia: los quiebran). Se ve que la actitud de los «sinodales» no siempre corresponde a sentimientos realmente cristianos.

Discurso del vino ebrio



O empiezo desde temprano a mascar en las guías agrias las venas verdes del mosto. Y como hago primero la vendimia en mí, digo que todo el oriente del otoño destilará en los lagares y rezo un responso por el alma delicada de los viejos vinos.

Como el patio de mis hijas más tiernas me conmueve en primavera el plantío de las viñas, sujetas a la fortaleza paterna de los rodrigones. Y cuando las hojas no son sino pájaros congelados o gotas de agua, siento subir por la loma el tijereteo de la poda, con el vapor que la tarde sopla de su rosa.

Como grupas de uvas maduras, como sartas de dulces ojos, como senos picoteados por mirlos, va temblando la carne de los racimos a darse al lagar. Después todo es líquido en movimiento y un aire de néctar en pleno fermento bajo la sonrisa sonora de la bodega.

Hay más tarde una pastosa música que reptar en las mangueras o se ahoga en las bombas. Y volando un felpudo tacto tanino de hongo o sorda esponja.

Ya no es substancia seca la pared del redondo silencio de los odres, sino un vientre de limo sanguíneo para el cuerpo blando del vino.

Como cobras anilladas a la carrera de las tristes ciervas, los zunchos desesperados siguen abrazando a las duelas y besándolas con sus violentos labios de borrachos.

El demonio bate su cola caliente en el caldo morado que sube como un loco y hervoroso helecho hasta las gradas de Dios.

Y ahora acaba el esparto y llueve la savia; la yesca es amenaza y tallo la garganta. Ahora cesa la cal de los huesos y fluye el jugo de los tejidos; se dice amor mío y la médula ciega descende a tientas. Ahora la ropa se torna piel sabrosa y perfume todo olor en sombra; pesa la lengua violeta y se fuma el humo húmedo de la niebla. Ahora cruje el banco de hielo del invierno y nace el vaso como un pensamiento. Ahora flota la conciencia como un nenúfar o una mecha; las botellas son licor de atmósfera o cuajan el agua glauca. Ahora el ángel abre las alas de su paraguas y la pelea se desnuda a la intemperie. Ahora tiene la muerte una risa de encías y toda la vida canta en el paladar. Ahora crecen las calles de los sentimientos y se arremolinan los estuarios de las esquinas; las arterias desembocan fuera del corazón y las piernas desfallecen de amor. Ahora se baja a las cavas de alquitrán y los labios se estiran hacia el velamen más distante; el miedo sube la escala del hotel y la lluvia llora en los lavatorios.

Ahora el deseo irrumpe con el petróleo y los amigos caen con el rocío. Ahora se duerme en otra cama, están frías las sábanas del alba y salvias.

Desde Silenos crespos de musgo; desde meses usados y grumos; desde viñedos fiuviales y lluvias; desde funerales, malvas y lunes; desde el hígado, la sed y el almíbar; desde tu dentadura y su masa de almendra fina; desde coros de mesas gastadas y lianas; desde oscuras fucsias y celestes dalias, ¡oh! pálido del olvido, haremos la ofrenda del vino:

¡Vino como incienso líquido para el obispo de seda escarlata; champaña para loca la deslenguada que sea la reina de Sabá; vino rojo para el sábado plomo del cargador; vino generoso para que la débil huelga sus sales con lágrimas en los ojos; vino blanco para que ruede el as de oro; vino negro para que la vieja del naipe diga: ¡viva mi dueño!; vino ligero para el médico que lo prohíbe y su enfermo; vino añejo para que mi tía cómica engulla a través de su velo con motas; vino para los maliciosos de las bodas; vino para que goce mucho el novio y se abra sin dolor la flor de la novia; vino para el lógico estúpido y la vecina que toma leche de lora; vino para que los campesinos rompan las enaguas almidonadas como barquillos; vino para el diluvio de cinco de la risa de los padrinos; vino para que aletee la cofia blanca de mi aya como una golondrina; vino para la duquesa colorina que arrastra con su cola boletos de tranvía; vino para el que lo trasiega y el arquitecto de la bodega; vino para el brindis de la horrible palabra

ágape; vino para que la tierra oscile cuando el marinero camine; vino para las altas noches amarillas de cirios y duelos; vino para el alegre cuidador del cementerio; vino para que me apunten los pezones rosados de sus negros senos; vino para las penas y sus dolores de muelas; vino para que el poeta suba donde la luna modula su gamuza de altura; vino para que me busque de noche el escozor de la adolescencia; vino para tanta ramera; vino para la pobreza de los ricos; vino para esta casa que da vueltas; vino para el vino!

Braulio Arenas

Firmamento de Mónica

«e a la mañana, cuando el cauallero fue leu-
tado, estandose lauando las manos, vino a el
vna donzella, e dixole: «Cauallero, dadme un
don»; y el dixo: «Demandad lo que vos que-
reys»; e la donzella le dixo: «Dadme vuestra
espada»; y el cauallero se la dio, e la donzella
tomo la espada e corto la cabeça al cauallero».
—DON TRISTAN DE LEONIS.



MONICA regresaba del Liceo. Era sencillo el tra-
yecto del Jeanne d'Arc a su casa, elemental, pri-
mario, quizás. No era necesario transitar por un
bosque lleno de lobos, para llegar, al fin, con la co-
mida donde el leñador, ni era preciso, tampoco, marcar la sen-
da del regreso con migas de pan que, fatalmente, se comerían
los gorriones. Pero Mónica utilizaba esos recursos. Todos los
mediodías la niña extraviaba el camino gracias a la voracidad
de los pájaros. Sus pies, entonces, sin la senda que los guiase,
necesitaban protección. Como la pérdida de la ruta era prevista
y aun, muchas veces, premeditada, Mónica aseguraba la ubica-
ción de su casa, no valiéndose de piedras incomibles para los go-
rriones, como en el cuento clásico, sino dejándose guiar por los
transeúntes. El fracaso de esta tentativa la condujo veinte veces
a enormes distancias de su vivienda, pero del fracaso, es sabido,
nace la experiencia, y Mónica entregada al azar de los pasos de

un hombre de negocios, de un joven pensativo o de una señora metodista, siempre llegaba a su morada.

Y éste era su encanto. Para desocupar su cerebro de las clases de la mañana, la niñita acompasaba sus pasos a los de los transeúntes. Era un método infalible. Sus realidades, muy pequeñas, por cierto, las vaciaba íntegras en los paseantes y ella reservaba para sí hasta la última porción de sus sueños.

Los transeúntes, cargados de realidad y recargados con la de la niñita, la contemplaban satisfechos por el prestigio que de ella emanaba, prestigio de sus ojos azules, prestigio de su uniforme blanco.

Era una niñita, nada más que una niñita. Buenamente cumplía los sabios consejos de «dad migas de pan a los pajaritos; ellos os deleitan con sus cantos». «El trabajo dignifica al hombre», etc.

Todos los adjetivos hermosos le correspondían. Alumna del Jeanne d'Arc. Nacida en el preciso instante que se firmaba el Armisticio. Complicada como el número MDXVIII.

Prevenida a la catástrofe usaba esos fabulosos guantes que en la isla inhospitalaria pueden servir de alimento a los naufragos.

Durante su infancia, Mónica hizo todo lo que le pareció bien, creyendo guiarse por su voluntad, sin advertir que la fiscalizaba la misma censura normal de todas las mujeres.

Mónica supo darle la entonación precisa a las adorables palabras del vocabulario de Broadway: O Key, good bye. Sus condiscípulas miraban con atención la cabellera invadida de vientos de la muchacha, con la cual las suyas no podían compararse, atisbaban su blanco rostro pintado de nieve exagerada, sus pisadas cautelosas que no dejaban rastro.

En la ruda competencia entablada ella resultaba triunfante. Las niñitas santiaguinas no la dejaron nunca atrás con sus bicicletas. Mónica trabajaba sus rodillas y la velocidad de los jardines siempre resultaba inferior.

Vivió en su infancia alejada de todo contacto con la impureza. Pertenece al Coro de las once mil vírgenes, esa Asociación femenina contra Don Juan.

Ingenua heroína yanqui, creía en la arriesgada teoría de la maternidad de las cigüeñas. En el cielo de los cazadores, buscaba la cigüeña de su estirpe; su procedencia aviática.

La buscaba y la encontraba. Mónica encontró muchas cosas, perfectamente ocultas para los demás. En la misa mayor, hallaba los ángeles que los sacerdotes pierden en la sacristía. Y si los fieles hubiesen mirado hacia ella la habrían oído conversar en latín con los arcángeles.

Con Mónica, que seguía el consejo, los gorriones no se morirían de hambre. Ella les ofrecía las migas de pan y extraviaba el camino a su casa. Su temeraria inexperiencia no le advertía el naufragio.

El mediodía la sorprendió siempre en el trayecto del Jeanne d'Arc hacia lo desconocido. Mónica pudo comprobar de nuevo, con íntima satisfacción, que, gracias al sol que enviaba los rayos perpendiculares a su cabeza, la sombra fiel de su cuerpo había desaparecido. Este milagro, tan simple, la llenaba siempre de peligrosas meditaciones. Algo, cuya significación se le escapaba, girando en su cerebro, la hacía sufrir.

Ese día, como de costumbre, después de mortificarse un instante, tratando de inquirir la solución, se dió por vencida, y continuó su camino sin preocuparse más que del hecho real: el de la sombra desaparecida. Lo otro, lo que el desaparecimiento significaba, lo hundía en la poca importancia de la travesura del cenit.

Contenta y sin apuros siguió su camino que, como se recordará, estaba sujeto a las pisadas de los transeúntes. Sin embargo, y ella lo sabía, ocultos enemigos la acechaban. Pisando con cuidado se logra apagar el sonido. Y era de ver su paso cauteloso y temeroso de enemigos que los transeúntes no percibían. Utilizaba los pobres elementos de la persecutoria.

Mónica, durante la mañana, se preocupó en traducir de su texto de inglés una página de Jack London. Propensa al ensueño, tenía su cabeza llena de absurdas y fantásticas visiones de cowboys enloquecidos, de habitantes de San Francisco de California, de gangsters de Chicago, de herederas yanquis que respiraban a pleno pulmón el aire de sus estancias.

Ahora, retornada a la normalidad, vuelta al orden de su uniforme blanco, quería cundir sus sueños, hacerlos prósperos, amanerando sus pasos a los de los transeúntes que, irremediablemente, la conducirían a su casa, al recinto de la realidad.

¡Dios mío! Se le perdió el señor que la guiaba. La calle solitaria, más solitaria por el sol que borraba las sombras, le anunciaba con su soledad, irónicamente, el desamparo.

Quiso reconocer los edificios, la ubicación precisa. Inútil. ¿Qué puede reconocer el ciego en el primer instante de la visión recobrada? Su situación era idéntica a la del sonámbulo que despierta y se encuentra equilibrándose en la antena de la radio. Igual a un buzo que en las profundidades submarinas se sacara la falsa cabeza protectora y con el rostro descubierto afrontara a la muerte.

Su temor no duró sino un instante. Tres señores, tres joviales señores, avanzaban hacia ella. El ángel de la Casualidad los guió. Traían ellos la sinceridad del milagro en sus sonrisas.

En ese momento el sol hizo la concesión de un poco de sombra a los edificios. De un poco, nada más. Una raya de noche, un bigote reciente.

Pero eso bastaba. Mónica se sentía a sus anchas. Sombra recuperada, transeúntes. Su vivienda llegaría a la vez, prosecutoria en el orden exacto del acontecimiento, amante del turno que no debe alterarse.

Los tres señores se encontraban ahora frente a ella. Una mirada repentina y fugaz, un relámpago urgente, le aseguró su filiación. Uno—correspondía con exactitud a la figura tan famosa y tan conocida en su inexistencia—Sherlock Holmes. Otro—

acababa de verle en su texto de inglés, acababa de extasiarse con sus pupilas penetrantes—William Shakespeare. Y el tercero—su andar de orgullo, su cólera sorda—Lord Byron.

Este último, frente a Mónica, completó su charla con una observación obvia:

—Bailó tanto que hasta sus joyas se cansaron.

La niñita no admitía el triunfo fácil que hubiera acomodado a cualquiera. No. Ni Lord Byron, ni William Shakespeare, ni Sherlock Holmes, la podrían guiar a su casa. Necesitaban descubrir el crimen de la Dama de las Camelias, prepararse para atravesar el Canal de la Mancha a nado, interrogar a los sepultureros del rey de la Monarquía dudosa. Eran otros los guiadores. Mónica descubrió los perfiles arbitrarios de ¡asómbrense ustedes! Pedro, Juan y Diego.

* * *

¿Quién no ha utilizado alguna vez en su vida a estos tres señores sin sospechar de su existencia? Ellos mantienen la importancia de las respuestas y de las preguntas. Son los causantes de las frases hechas, de los ejemplos oficiales.

—Pedro tiene un hermoso caballo blanco.

—Juan es virtuoso.

—Diego ha prometido portarse bien.

Mónica los reconoció al instante. Conoció los ademanes de campesino de Pedro, la palidez un tanto milagrosa de Juan, la pureza que presta la primera comunión a Diego.

Sin embargo, esos perfiles eran eventuales. Bastaría que la francesa que quisiera aprender español siguiendo el método del delicioso librito «Como aprender Español en 8 días», construyera una adorable frase, aun la menos peligrosa, tal vez ésta: «Pedro tiene 60 años», para que la figura actual de Pedro—impulso ardiente, ojos de viveza extraordinaria, juventud—se transformara en figura de viejecito, resignado a la muerte ya, y se mantuviera en figura de anciano hasta que una colegiala de

Nápoles escribiera en el pizarrón de la sala de clases de su Liceo: «Pedro es un sacerdote».

Mónica percibía el milagro. Se dejaba guiar a una pequeña distancia de ellos. Su nariz respirante, se envanecía en el olor de los viejos textos de Gramática, de los cuales, Pedro, Juan y Diego, eran los héroes máximos. Por ellos, la rosa del ejemplo floreció en el jardín de las Gramáticas. La Princesa de los Participios, la Emperatriz de los Adverbios, los nutría y los alentaba.

—Pedro tiene una bicicleta.

—Juan se casó anteayer.

—Diego compró una bonita casa.

Mónica escuchaba la conversación de los tres personajes. En ella sólo se admitían frases hechas:

—Yo, aseguraba Pedro, necesito vivir en una ciudad que tenga 365 automóviles y donde la hora conste de 67 minutos.

¡Dios mío! Mónica, sin advertirlo, había llegado frente a la casa. Nuevamente, los transeúntes cumplieron su misión.

Frente al recinto de la realidad abandonó su equipaje de sueños. Su afán de gaviota que diseñaba su alcurnia aviática, la consolaba un tanto. Pero siempre era penoso el resultado. Mónica perdía a Pedro, Juan y Diego.

—O Key!

Entonces penetró a su casa. Penetró bruscamente. Con furia espantosa cerró de un portazo la mampara. La madre la regañaría, suavemente, como de costumbre. No importa. Cerró de un portazo la mampara. Sin embargo, y Mónica lo sabía, el ruido del portazo no era sino un ensayo del otro sonido, cien veces más seguro y grato, el sonido del disparo suicida que la sien derecha de Mónica ya evidenciaba.

* * *

Como de costumbre, la madre la regañó suavemente por el portazo. Mónica no prestó atención al regaño materno. Se encerró en su dormitorio.

En el ambiente de la casa flotaba ese bullicio de las pequeñas prisas que se produce, exactamente, en los preparativos de los almuerzos familiares.

En sí mismo un campo no es peligroso, pero los soldados ocultos ahí la víspera de una batalla, lo pueblan de daño previsto. Igual ocurría con la habitación. Era un cuarto higiénico que contenía esos muebles que nos acompañan desde la niñez y que por tanto conocerlos nos son queridos. Penetrar en el cuarto era sentir en el corazón la gratitud del náufrago hacia la tierra hallada.

Sin embargo, Mónica utilizaba el dormitorio para preparar el filtro de nobles cualidades que le permitiría preservar sus sueños. Pero esas fuerzas contrarias de sueño y realidad hacían peligroso el cuarto. Mónica se equilibraba en la cuerda floja, como una sonámbula. Si despertaba se caía. La decisión debía ser inmediata. Mónica, indecisa, pedía auxilio a los retratos de las paredes. Uno, junto a la ventana, representaba la imagen de una Emperatriz. Otro, junto a la puerta, mostraba la petulancia de una sonrisa, en primer plano, y tras la sonrisa aparecía el rostro de un joven.

Mónica se levantó del lecho donde se hallaba tendida y con paso de fatiga se acercó al retrato. Tras la brillante cartulina su primo Octavio la miraba. Leyó la dedicatoria: «A Mónica dedica este recuerdo un compañero de juegos infantiles, su primo Octavio». Fechado en Montevideo.

—Es bien tonto mi primo, pensó Mónica, y en seguida recordó como todo el mundo les decía cuando eran chicos que ellos se casarían cuando fueran grandes.

Después su primo se fué con el padre al extranjero y ya no volvió a saber sino de tarde en tarde de él. Durante siete años sólo breves noticias la informaron de Octavio. En agosto le envió ese retrato y una carta, que por supuesto Mónica no contestó, en la que le comunicaba que regresaría a Chile.

—Perfectly, regresa cuando te dé la gana; yo no me preocuparé por ti.

Alguien se detuvo, con ademán cauteloso, tras la puerta del dormitorio de Mónica.

—Señorita Mónica... señorita Mónica, el almuerzo está servido.

—Perfectly, ya voy.

Comenzaba para Mónica la prueba más difícil del día, de la que en raras ocasiones resultó triunfante: el almuerzo. La niñita se conocía el programa de memoria. Primero, el padre la miraría fijamente, como interrogándola. Mónica cortaría la mirada con un «buenos días, papá», y ocuparía su asiento e inclinaría la cabeza sobre el plato para así librarse de nuevas preguntas. La conversación estaría cortada a cada momento por embarazosos silencios que, fatalmente, se producen entre plato y plato en todos los almuerzos familiares. El ruido de las copas o de los tenedores ocuparían los oídos. De pronto, Mónica advertiría que el silencio estaba amenazado. El padre tosería:

—Hoy hace un calor extraordinario.

Después, nuevamente el silencio. Por fortuna, Mónica era especialista en golpear la copa con un tenedor y producir así hermosas resonancias. El criado, que es el árbol del silencio, la miraría agradecido.

Ese día las cosas se sucedieron con su ritmo normal. Mónica irrumpió en el comedor con la seguridad de la gacela que bebe en un río privilegiado, en un río libre del acechar cauteloso del león. Irrumpió con su alegría desbordante, con su privilegio de blancura. La sola presencia de Mónica ya predisponía al ensueño. Los sucesos extraños, que no se producen nunca, esperaban que ella llegara para producirse. Mónica actuaba sobre los sucesos. Su presencia en el Circo era la iniciación de acontecimientos misteriosos y ella era la que introducía a los espectadores en un nuevo Universo. La jirafa que corría por la pista ya no era jirafa, gracias al influjo de Mónica. Su cuello era una grácil pierna de bai-

larina que buscaba la perfección del ritmo en el ensayo. O como lo aseguraba oportunamente:

—Frágil planta es su cuello crecido en la lozanía de la corbata vistosa.

Gracias a Mónica los hombres elevarían su horizonte hasta el horizonte de las jirafas.

Era indispensable para rehacer el mundo y para encontrarle su equilibrio preciso en el sostén de las alturas. Sólo ella podía hallar en la arena de la bahía la botella que sorteó la gula de los tiburones, el peligro de los escollos, y que atravesando el dintel del océano, trajo la carta que los náufragos escribieron en la isla inhospitalaria, demandando auxilio.

El «buenos días, papá» cortó terminantemente la mirada interrogativa. Mónica ocupó su asiento. ¿Novedades? Ninguna. El sol lucía en forma esplendorosa.

El padre sacó con mucha parsimonia su reloj y después de una cuidadosa mirada en la que se advertía que al anunciar la hora aprovecharía hasta el último segundo, dijo:

—Son las doce veinticinco.

—Debía estar aquí hace rato, afirmó la madre.

Mónica, en el asiento, se deshacía cavilando. ¿Quién debía estar aquí hace rato? ¿Sería ella? No. Todo el mundo comprendía que con Mónica el rompimiento, de producirse, sería definitivo. Por eso, nadie se enojaba nunca con ella. A lo más, la madre la regañaba suavemente por el portazo cotidiano a la mampara.

Más valía cerciorarse. Echó una mirada rápida a los comensales. Su padre, frente a ella, lucía las sienes blancas por los veinte años de trabajo constante, y en los ojos negros lucía el misterio del nocturno de las oficinas. Su madre, al lado suyo, mostraban el rostro incorruptible a la sonrisa. Su hermano Raúl—el estudioso hermano, la esperanza, el orgullo, la gloria, el espejo y el ejemplo de los otros hermanos—en la gravedad asustada de los juegos infantiles, se vanagloriaba de lucir en sus ojos ribeteados de carey la huella de la vigilia entre los libros, y ahora

sus ojos, asustados ante el temor familiar, eran redondos ojos de peces. Su hermano Jorge... ¡Ah, su hermano Jorge era el ausente! Para él estaba hecha la frase de «son las doce veinticinco», y la otra, la que completaba la anterior, «debía estar aquí hace rato».

Como se ve, los misteriosos pensamientos de Pedro, Juan y Diego intervenían en las conversaciones de la familia.

El almuerzo transcurría con una lentitud desesperante. Mónica pretendió aventurar un consuelo: «Pueden haberle dejado castigado», pero antes de pensarlo recordó que Jorge era el mejor alumno de su clase, la otra esperanza de su familia, en fin.

La colegiala hundía su cabeza en la copa de agua que aun no se resignaba a terminar de beber.

De pronto, alivio, alegría, segunda parte del programa. La puerta del comedor se abrió bruscamente y Jorge, el desaparecido, retornó a deslizarse en la órbita familiar, donde tres corazones anhelantes—el del padre, el de la madre, el de Raúl—y un corazón insensible—el de Mónica—le esperaban.

Se le interrogaba en silencio y en silencio respondía Jorge. En el marco de la puerta, con los labios pálidos, los ojos brillantes, las sienas latiéndole, no atinaba a dar un paso ni a asumir una actitud.

—¿Qué te ocurre?—El padre le tomó por un hombro y le miró atentamente.

Jorge se sentó en una silla y se desmayó. Mónica aprovechó la linda ocasión para deshacerse de su vaso de agua que aun no se resignaba a terminar de beber. El chiquillo recibió el chaparrón que le empapó la cabeza y abrió los ojos.

—El hombre, atinó a decir.

—¿Qué hombre? Ahora era Mónica la que interrogaba. El padre la informó rápidamente:

—Hace tres días que un hombre sigue a Jorge desde el Liceo hasta aquí.

El muchacho continuaba su narración:

—Tuve que huir por calles apartadas. El hombre caminaba sin apurarse; yo corría, y sin embargo, a cada momento, el hombre ganaba terreno. Por fin llegué a la casa. El hombre se quedó en la esquina.

Con impulso furioso Mónica saltó a la ventana. Y en la visión de un segundo, en la velocidad de un segundo, Mónica entrevió al perseguidor. Estaba en la esquina mirando hacia la casa. Su figura de muerte la conmovió íntegra. El hombre, el perseguidor, era Diego. Diego, el resultante de las frases hechas, de los lugares comunes, de los ejemplos absurdos, Diego, el que con Pedro y Juan, alimenta las viejas Gramáticas y el delicioso «Para aprender Alemán en 8 días», Diego estaba ahí.

La visión no duró sino un instante. En ese breve transcurso de tiempo, Mónica recibió la descarga eléctrica sin que los demás percibieran el estremecimiento. A los de su familia, convertiría en cenizas la mirada de Diego. Se extrañaba que Jorge la hubiera podido resistir. Pero Jorge huyó y ese ademán de derrota, aumentó el porcentaje de sus realidades.

Y cuando los suyos, el padre, la madre, Jorge y Raúl se precipitaron a la ventana y miraron a la calle—como ocurre en los folletines—Diego había desaparecido.

* * *

Pedro tocaba el piano. Juan, doliente, leía el magazine de la dolencia. Diego quería apresurar el tiempo en los relojes góticos.

Se aburrían soberbiamente. Un largo silencio crecía los minutos.

La habitación de Pedro, Juan y Diego, con el cansancio que produce el canto de la cigarra o el calor del mediodía, se recogía y se estiraba, como un acordeón.

De pronto el piano lució sus mejores resonancias, la lectura

del magazine se hizo comprensible, el tiempo adquirió el ritmo preciso de los 60 minutos, porque Mónica entraba.

Venía con el milagro de afuera a asumir el milagro de adentro. El parecido a estómago de ballena de la habitación de los tres le ofrecía, como a Jonás, perspectivas anatómicas. Y aun más, ellos no eran sino devorados perpetuos.

Mónica cumplió todos los requisitos que se exigían en la aduana del milagro.

Perfectamente. La entrevista sería extraordinariamente peligrosa. Mónica—sin temer en absoluto el resultado—tomó asiento.

—Deseo preguntarle una cosa, señor. Mónica miró fijamente a Diego. Este suspiraba con mucha prisa. La intensidad del instante estaba en compás con la furia del pianista y el sonido del piano era exactamente el sonido del tambor que prepara el triple salto mortal en la tragedia del Circo.

—Un momento, señorita, pidió Diego. Se persignó.

—¿Qué hace usted?—interrogó Mónica.

—Pido perdón a Dios por mis pecados.

Mónica se echó a reír. Se acercó a Diego y con sus manos convulsas le tomó por las solapas.

—Usted, dijo, usted, y entiéndalo bien, usted no es sino un ejemplo, no tiene existencia real. Su recinto de huesos es mentira. Si usted se muere, por casualidad, no se irá ni al cielo, ni al infierno, ni al purgatorio, ni al limbo. Usted se deshacerá en la atmósfera, como los animales.

Juan suavizó la escena:

—¿Un cigarrillo, señorita?

Mónica aceptó. El resplandor del fósforo venció las tinieblas de la caverna de los devorados y permitió mostrar cuatro semblantes, preparados a las sombras, como las fragatas al naufragio.

La tinta de pulpo asesinado decoraba el resplandor. Después la noche artificial, esa noche de cinematógrafo, recobró

su imperio en la caverna. Entonces, y porque era el instante esperado, Diego dijo:

—Señorita, un poco de serenidad, por favor. Yo, más bien que nadie, debo darme cuenta que la situación no tiene nada de divertido. Su hermano Jorge...

Comenzaba la tragedia. El piano alcanzó su intensidad más alta.

—... su hermano Jorge es «la víctima propiciatoria del crimen».

Mónica necesitaba una claridad sobrenatural, una fogata en medio de la noche. Para conseguirla, arrojó su cigarrillo contra una de las paredes de la caverna y las mil chispitas resultantes del choque le permitieron ver un Diego enorme, desconocido, impalpable, etéreo, que se alzaba por sobre la conversación reciente confesando su culpa.

Luego, las sombras la circundaron nuevamente. La voz de Diego seguía girando:

—Es una obsesión mía la de los Jorges. Yo he asesinado a tres Jorges. Su hermano debe ser el tercero; el tercer Jorge. Es una ansia salvaje, ¿cómo remediarlo?

La noticia cundía por todas partes. Pronto los Jorges de Nicaragua, los Jorge de Pernambuco, los Jorges de Birmingham, supieron que Diego se había propuesto asesinarlos. Y durante una semana, los Jorge de todos los países del mundo permanecieron escondidos, como medida de precaución, temerosos de la catástrofe.

Mónica ensayaba soluciones. Pero ese no era ningún paliativo. La ejecución presente completaba la serie de los sacrificios humanos. Mónica ya no defendía a su hermano. Le repugnaba su sometimiento, su gratitud de víctima hacia el victimario, su gratitud de guillotinado hacia el verdugo.

Entonces sucedió lo imprevisto. Se encendieron todas las luces de golpe, y la claridad deslumbrante hacía imposible las mentiras.

Pedro seguía haciendo dolerse al piano, su boxeador sonriente. Juan se empecinaba en la lectura de los magazines, y Diego—perfil de aristócrata, elegancia primera—asumía la responsabilidad de las acciones inesperadas.

—Siéntese ahí—ordenó a Mónica, señalándole una mesita llena de papeles.

Por primera vez en su vida, Mónica obedeció una orden. Se sentó frente a la mesita.

—Coja el lápiz azul y escriba.

Mónica escribió lo siguiente: «Yo, Diego, prometo no causar el menor daño a Jorge».

—¿Está contenta, ahora?—interrogó Diego.

—Muy contenta, aseguró Mónica. Pero, dígame ¿por qué no escribió usted este documento?

—Porque no sé escribir. ¿Sabe acaso escribir un fantasma? Vaya, señorita, vaya y dígame a todo el mundo que Diego ha sido capaz de una buena acción. Y aunque nadie lo creerá, proclámelo.

—Esta es una claudicación, aseguró Juan. Es lo mismo que si el Daño se olvidara que su misión consiste en agrietar monumentos.

—Daño. Eso tiene mucho parecido a símbolo.

—Y lo es, dijo Juan. Trabajo con símbolos, trabajo con símbolos. Soy muy distraído. Un día me comí la Soberbia.

La peripecia había terminado. Mónica descendió del trapico y extendiendo los brazos hizo un alegre saludo a los espectadores. Perseguida por la música triunfal de Pedro desapareció de la pista en grácil carrera.

* * *

Mónica poseía el bienestar de joya que ha encontrado su estuche. Su cerebro, su rodilla, su corazón, estaban empapados en ese frescor de lluvia que circunda a las fragatas cuando naufragan en el Pacífico.

Mónica en ese instante podía resumir la biografía de las sirenas. Ya se encantaba con los recursos marítimos: la brújula, las cartas de navegación, los mapamundis del siglo XVI, los capitanes de amarga suerte. Conocía la exclamación de alegría de la portuguesita que ve por primera vez el mar.

Su velocidad de remadora la hizo llegar rápidamente con el indulto donde Jorge. Llevó la calma a la familia. Su nombre de pacífica cumplió el vaticinio.

Mónica aprovechó el minuto que hace perder el tren a los pasajeros para llegar con el indulto. Ya Jorge estaba de espaldas al muro fatal aguardando el fusilamiento.

Ella ahorró el luto a la familia; ¡ese afán de llevar la sombra a cuestras!

* * *

Los días magníficos se sucedieron a los días tristes. El portazo a la mampara alcanzó cierto valor musical.

En las tardes se iba al cine a recoger un poco de noche o se corría en bicicleta para eternizar el crepúsculo.

La niñita, montada en la bestia pasional, corría por las avenidas del Parque. Sus compañeras alcanzaban pequeñas velocidades. Ella no. Ella emprendía el viaje fabuloso. Mónica dejaba deslizar la cintura de espacios de la bicicleta y así obtenía la Noruega después de correr tanto.

Tarde azulina, como una mujer hermosa que embellece los objetos más humildes. En el cielo se reflejaba todo el océano Pacífico. Religión y éxtasis. Gimnasia del éxtasis. Confusión y remanso. Avisos, tangos en las victrolas, tranvías. Tarde de árboles, pensamiento en calma, estable equilibrio.

El sol, por su cualidad de borrar sombras, es el permitido de las tintorerías. De pronto el sol afianza su muerte en la tregua del crepúsculo. Las campanas cristianas doblan por él. Entonces—rojo el aviso, rojo el tango, rojo el tranvía—todo des-

aparece. El manchado de sangre, la selva en llamas, cumple su función. Y cuando ya se cree en el final, cunden las estrellas, caen en el cielo salpicando espuma, se agrupan. Es la Vía Láctea, ese palpitante cementerio de cometas.

* * *

La Fatalidad reunía a sus personajes. El decorado de nubes ponía su dimensión de isla falsa al servicio de Mónica. Para trepar a las islas a descansar era preciso cansarse antes. El cansancio de Jorge lo atestiguaba su palidez. El descansarían entonces.

La isla de nubes tenía el porte exacto del alma de los elefantes. Era una víspera de Circo. La función se desarrollaba arriba. Había que verla doblando el cuello hacia atrás, exactamente, como se escucha al político de moda que perora desde los balcones de un palacio.

Diego, instruido por la Fatalidad, después que Mónica abandonó el recinto de sombras, comprendió, al fin, que debía despreciar la gloria de matar a Jorge. Lleno de coraje anunció a Pedro y a Juan que partía a la isla. Pedro, empecinado musical, rogó que le dejase tranquilo. Juan, empecinado lector de magazines, no le contestó nada. Diego se dió cuenta entonces que estaba perdido. La isla podía ser su salvación, pero no querían acompañarle. Ellos le empujaban al crimen. De nada valió el indulto para Jorge.

* * *

—Diego tiene un automóvil.

Era un rojo automóvil, astuto, cerebral. El automóvil también pertenecía a la leyenda. Su color rojo era un anticipo de la futura sangre

Corría y corría el automóvil en una ansia veloz de anticipar-

se. La ciudad, a sus lados, daba libertad a las calles para que corrieran por donde pasaba el automóvil. El viaje de Diego se caracterizaba porque las calles continuaban su carrera de seguimiento hasta mucho después que el simbólico viajero las había perdido de vista.

Adentro, aislado del mundo, como el guardafaros desde dentro del faro mira la tormenta que hace naufragar las fragatas, Diego, con su alma de bandido, insensible al mal y al bien, pero siempre sonriente, atisbaba hacia afuera buscando la víctima.

Estaba predestinado a la fatalidad, como los niños a correr.

Para arrepentirse es necesario haber pecado antes. Diego ni pecaba ni se arrepentía. Vivía disciplinado en crímenes a los cuales no atribuía el valor de pecados. Peca un hombre, pero no un fantasma.

Ahora el automóvil alcanzaba la furia de cien velocidades juntas. A esa altura del delirio es imposible raciocinar. Había que someterse. Cuando el nadador llega al borde de la cascada no es él el que arroja el agua abajo sino que el agua es la que le despeña. Así Diego. El automóvil adquiría conciencia humana y embriagados de triunfos el rojo animal admitía la responsabilidad del crimen. Primero el crimen; después ya no le importaba nada. ¡Qué le encerrasen en un garage para siempre!

El automóvil trepidaba y en la emulación campestre ponía la emoción del relincho.

Recordaba la pradera, recordaba su abolengo, recordaba su ascendencia de bisonte y de búfalo.

Los objetos se tornaban peligrosos. La fragata, en alta mar, podía pensar en su abuela la sirena y hundirse en las profundidades submarinas con sus tripulantes. El ascensor podía embriagarse con su pasado de ángel y seguir en su loca carrera de alturas hasta trepar al cielo con su cargamento de oficinistas asombrados.

Al encuentro de Diego, al encuentro del automóvil, al encuentro de la Fatalidad, venía Jorge.

Traía la suave precaución del ciclista, no la del que hace rodar dos planetas bajo sus pies, encantándose en el puro juego, en el malabarismo de astro, sino usando la otra precaución, la del consciente, la del que sabe que va montado en una bicicleta.

Camisa abierta, gorrita pequeña, traje a rayas. Ojos azules, cabellera de dormido, manos de niña, Jorge.

Eso era Jorge para los transeúntes. Un muchachito que se divertía en su bicicleta, un muchachito de pensamientos castos, la esperanza de la familia.

Ha terminado sus tareas escolares y ahora descansa. O Key!

Primero dió vueltas en torno del obelisco. Después amplió su horizonte de ciclista y corrió por los ondulantes senderos de la fuente. Después, después se sentó a descansar esperando a sus hermanos.

Las adolescentes poblaban el ambiente de cantos. Para las muchachas de esta primavera, se hizo el verso famoso y vulgar,

tanta niña bonita paseándose en la calle.

Jorge las miraba y las miraba. Se extasiaba con las adolescentes. La cercanía de sus gratos cuerpos dirigía su conducta amorosa. Ellas bajaban de sus pedestales y se embriagaban con el ritmo de la juventud, asumiendo la importancia de estatuas urgentes. Su infantil entusiasmo, su risa delirante, su franca alegría, llenaba el corazón de Jorge de agradecimiento.

La tarde magnífica hacía girar la ronda de las muchachas en una suerte de tío-vivo.

Jorge sintió el movimiento en su cuerpo. Subió a la bicicleta y echó a correr. Corría, como he dicho, al encuentro del automóvil. La Fatalidad había pintado con tiza pálida el rostro del niño.

Y en una esquina se realizó la radiante tragedia. Sucedió sin un tropiezo, sin una vacilación, porque los personajes se sa-

bían sus roles de antemano. El automóvil se echó encima de la bicicleta, como un asaltante.

Un crujido de hierro, lamentos, y la sangre que lo salpicaba todo: así fué la tragedia.

El estruendo de golpe de bombo tenía similitud con el portazo cotidiano a la mampara.

El automóvil desapareció, como un celaje. En la avenida no quedaba sino un montón de niños rodeando a un niño y a una bicicleta.

Jorge murió en los brazos de un señor vestido de negro, consonante con los funerales. Murió sin darse cuenta de nada, en una mezcla de espanto y sorpresa. Mónica, aparecida en el instante preciso, le besaba la cara llena de sangre y gritaba en francés:

—C'est mon frere, c'est mon pauvre frere.

La bicicleta, muerta al mismo tiempo, mostraba su miserable cuerpo, los retorcidos alambres, las ruedas dobladas. Tendida en el pavimento, como un cadáver, lucía el correcto bigote del manubrio. La doble rueda de la fortuna se había roto. La que fué siempre musa del niño murió con él, como muere el perro turco sobre el sepulcro de su amo, como murió el violín de Tartini, y su cuerpo roto daba la impresión de infancia concluída, de autopsia de las bicicletas.

* * *

Este fué el primer encuentro de Mónica con la realidad. Cuando se tropieza con una piedra es preciso decir: «Tropecé con una piedra». Si se contempla un árbol debe decirse: «Es un árbol». Esa es la realidad. Con ella las cosas adquieren su nombre preciso. Piedra. Arbol. Estanque.

Había mucha sombra en la casa, mucho silencio. Grandes cortinas negras hacían la propia noche, noche doméstica, noche particular, e impedían entrar la noche de afuera. Flotaba en el ambiente ese olor a flores de iglesia, ese olor místico que no se

obtiene sino en las habitaciones donde la muerte cuida un ataúd. Los cirios se consumen en silencio, también, con su llama fija. Era el festival de la amargura. Los corazones adquirirían la proporción de territorios de llanto.

En la callada mansión, el sufrimiento de los rezos y la gotita de agua que a cada instante se escapa del grifo mal cerrado, tomaban la entonación de pequeñas resonancias misteriosas. El rumor del rezo era el rumor de las alas seguras del ángel que huye, el rumor de las gotitas de agua era el rumor del hacha del leñador golpeando los árboles.

Mónica transitaba en dulce ociosidad por la casa. Se detenía a contemplar los muebles conocidos recién, los cuadros, todo. Cada detalle le llamaba la atención. Subió y bajó cien veces por la enorme escala de mármol, adornada con seis pretenciosos farolitos de cristal. En su dormitorio, ante el retrato de su primo Octavio dijo cien veces la misma frase. Ante el espejo miró su cuerpo vestido de negro, miró su rostro vestido de blanco. Nieve y carbón, eso parecía. Le molestaban las medias negras. Se las sacó. Le molestaba el traje de luto. Se lo sacó. Se recuperaba de pronto.

Tendida en el lecho pensaba. Nunca en su cuarto hubo un silencio tan perfecto. Estaba ausente de los cortinajes, de los cirios, de las oraciones.

Abajo se velaba a Jorge. La tristeza, mezclada con sueño, la invadía. Su traje negro, tirado en una silla, parecía una mujer llorando.

Un perro aullaba afuera. Siempre hay un perro ladrándole a la luna cuando se muere alguien. Los perros ladran a la luna por conveniencia, por tradición. Son como el héroe que no se cubre la vista al ser fusilado sólo porque el héroe anterior no se la ha cubierto. Son héroes por tradición.

El reloj de cu-cu anunció las cuatro de la mañana. Como si cumpliera una consigna, Mónica se durmió rápidamente. Alguien la remecía:

—Mónica, levántate. Vas a llegar atrasada al Jeanne d'Arc. Era su madre. La chiquilla la miró con asombro.

—Mamá ¡cómo es posible que usted me ordene eso! ¡No sabe que Jorge murió hoy! ¡Es preciso respetar las conveniencias! ¡Qué dirían en el Liceo!

Un nudo en el corazón. Mónica abrió los ojos. Estaba en su dormitorio. Tras los vidrios de la ventana la fría y pálida auro-
ra vestía su sudario heroico para anunciar la muerte.

El corazón de Mónica jugaba con los precipicios. Estaba trascordada, como si hubiera dormido en un dormitorio hermético con un ramo de flores.

Mónica saltó de la cama, vacilante; abrió la puerta y salió a la galería. Bajó la escala, aun llena de tinieblas, y descalza, con andar cauteloso, se aproximó a la habitación funeraria. Allí los cirios seguían ardiendo. Todo tenía la misma inmovilidad de la víspera.

La Muerte había segado su trigo provechoso. Su granero de huesos debía alegrarse.

Las personas de su familia seguían rezando y llorando. Mónica, con el ceño fruncido, subió nuevamente la escala.

Contempló su dormitorio, extrañada de encontrarle distinto. Ahora, los muebles blancos no conservarían su blancura. Algo humillado los hacía sospechosos. Ya Mónica no vería la pureza en ellos sino las manchas, las marcas.

Tendida en el lecho lloraba. De pronto se le vino encima toda la inmensidad de la tragedia. Por vez primera se detuvo a considerar el resultado del ensueño. Era la adolescencia, era la pubertad que transforma el violín en violoncello, la estrella en luna, era la adolescencia la que conmovía a la colegiala.

* * *

Al día siguiente los periódicos publicaron grandes informaciones del accidente. Relataban con muchos detalles la escena

en que «la hermana reconoció el cadáver del niño». Y cosa rara, al leer el relato, a Mónica le pareció que era un nuevo suceso el que narraba. Con íntima satisfacción, leyó todo lo que a ella se refería.

* * *

El padre no se resignaba a la soledad presente. A altas horas de la noche se le oía pasear por la casa, cerrando puertas y ventanas, como si temiera a los ladrones.

La madre recibía a los parientes—cuñados, suegros, tíos—que le daban el pésame. En la conversación salían a relucir los infaltables, «tan buen hijo», «tan estudioso», «el orgullo de la familia».

Raúl parecía estar oyendo alabanzas dirigidas a él, y se encerraba a estudiar, y se asustaba porque a veces se le ocurría que él era el muerto. Por otra parte, no utilizó nunca más su bicicleta.

Mónica se disgustaba por cualquier cosa. En la familia se extrañaban del brusco cambio sufrido por la muchacha. Mónica se quejaba de insomnios, se quejaba de la costurera que no sabía hacerle los vestidos, se quejaba contra sus padres que «a cada rato le dicen que coma».

Por esos días recibieron una carta de Octavio en la que les anunciaba «que muy pronto le tendrían por allá, pues deseaba mucho verlos, nuevamente. Saludos a Mónica, etc.».

Todos miraron a Mónica. Esta se sonrojó. Era la adolescencia.

* * *

Mónica regresaba del Jeanne d'Arc, como de costumbre. El cansancio de los primeros días se había sumado al cansancio de los días restantes.

Estaba cansada, como si durante el transcurso de su vida hubiera caído una tonelada de tiempo en el barril de las edades.

A veces, mientras se despojaba uno por uno de los atributos de la infancia, se dirigía amargos reproches. Se sentía derrotada, hastiada; pero como el que ha cometido un crimen se cuida muy bien de no proclamarlo a todo viento, ella nunca lució su habilidad de derrotada, a pesar de los duros instantes de sinceridad, en los cuales la confesión llegaba a ser intolerable o irresistible.

Para prevenir el percance de su adolescencia necesitaba nuevas armas, la sonrisa artificial, la preocupación por los detalles, la palabra reflexiva, el cosmético.

Por lo demás, ¿quién era ella? ¿Era una señorita solitaria que vivía en un cuarto severo, en una ciudad de tinieblas? ¿Era la despreocupada paseante del mediodía, en esa hora lúgubre, cuando el sol se traga las sombras, hora recargada de recuerdos, como una pobre mujer pintada con humildes afeites? Sí, eso era ella. Aunque le causara pavor o vergüenza confesarlo, eso era ella. Una señorita solitaria, un transeúnte cualquiera, un paseante sin porvenir y sin pasado.

Un tiempo atrás supo alegrarse con las cigüeñas, con los Circos, con su suerte que caminaba a prisa. Lejanos tiempos. Al recordarlos, ella movía negativamente la cabeza y hacía un gesto de amable sometimiento a la desventura presente.

Como la serpiente cambia de piel, así ella perdía su leyenda. Se reía como una loca, pensando que un tiempo atrás creyó firmemente que existían Pedro, Juan y Diego.

Sin embargo, aun no olvidaba algunas costumbres. Aun abandonaba su pan a la voracidad de los gorriones para extraviar la ruta. Aun se colgaba a los pies de los transeúntes para que le enseñaran la ubicación de su casa.

Ese mediodía seguía a un marino. Sabía ella que eso era incorrecto, que caía fuera de todo orden. Pero no importaba. Ella seguía a un marino para encontrar su vivienda.

Ella era una mujercita y una mujercita no hace esas cosas. Un día su madre le dijo:

—Trata de no torcer la boca todo el día. Es una fea costumbre. Debes cambiar, Mónica, ya eres una mujercita.

Recordó los cuentos que la institutriz le narraba en la niñez, especialmente ese del hombre que le vendió su sombra al Diablo. Ella también había vendido su sombra y no sólo su sombra sino también su cuerpo, pues no sabía si caminaba o si estaba inmóvil. La poseía la agorafobia del preso evadido.

Era la hora del cenit. El sol le había comprado su sombra por un paseo fracasado.

Porque no podía darse por satisfecha de ese paseo, donde se le infiltró la idea de la niñez, haciéndola asumir la responsabilidad de sus actos, en una suerte de infancia hecha trizas, como si a los 13 años ella fuera una viejecita rubia.

Como el detective acumula las observaciones que acabarán por descubrir al criminal, así ella, durante el trayecto del Jeanne d'Arc a su casa, remienda rotas, une cortados cables, y tal vez con ellos consiga aprisionar la infancia.

El mediodía estaba lleno de presagios. De pronto un automóvil frenó junto a ella y desde el interior un joven la miró profundamente. Era Octavio. La fotografía de su dormitorio le puso en evidencia.

Mónica continuó el camino, ruborizada, ciega, tropezando con los transeúntes. La angustia la hacía latir apresuradamente el corazón. Una nueva etapa de su vida comenzaba con la presencia de Octavio.

Ahora quería adelantar la ubicación de su casa. El marino que la guiaba caminaba sin impacencias. Acostumbrado al limitado espacio de la cubierta de la fragata, espacio que en el paseo es necesario recorrer lentamente, para no aburrirse, no atinaba a encontrar la velocidad precisa para transitar por las calles, y ante el temor de una falsa velocidad prefería emplear la antigua, la conocida, la proveniente de los pasos lentos.

Mónica seguía al marino y Octavio la seguía.

De pronto, inesperadamente, como de costumbre, ella se

encontró frente a su casa. En ese instante, se decidía el porvenir de su infancia.

A su espalda, oyó la exclamación que esperaba:

—Mónica.

Era su primo. Al verla pasar, tal vez se le vino a la memoria el rostro de la prima, los juegos infantiles. Pero dudó y prefirió seguirla. Por otra parte, la indiferencia de la colegiala le desconcertó. Ahora, frente a la casa, ya no dudaba. Era ella.

—¡Mónica!

Pero Mónica no miró hacia atrás. Penetró en la casa y de nuevo, golpeó la mampara con un furioso portazo. Portazo de aprendiz a suicida.

Subió a prisa la escala y se encerró en el dormitorio. Un silencio espantoso reinaba en la mansión. Silencio para que el sonido del timbre se oyera en toda su intensidad.

Octavio tocó el timbre. Mónica se tapó los oídos, como si el sonido la desgarrara íntegra.

Era el instante de la elección. Debía decidirse. Por una parte, la infancia, con su encantamiento de ensueño, le pedía que no claudicase. Por otro lado, el ritmo normal le ordenaba que se sometiese a la vida.

Abajo conversaban animadamente. El primo decía:

—No conocí al principio a Mónica y tuve que seguirla cuerdas y cuerdas, como un enamorado. Sólo cuando llegó aquí, a la casa, ya no dudé. Entonces la llamé por su nombre pero no me oyó. Hagan el favor de decirle que he llegado y que deseo mucho hablar con ella.

Accedieron. La madre, al pie de la escala, la llamaba:

—Mónica, Mónica.

La niña apareció arriba. Con aspecto de recién despertada, preguntó:

—¿Me llamabas, mamá?

—Sí, baja; llegó Octavio.

—Sí, Mónica, estoy aquí. El primo, junto a su madre la miraba sonriendo.

Ella, desde arriba, dominaba al grupo. ¡Qué distante quedaban los gorriones, los pasos de los transeúntes, el portazo a la mampara! La normalidad la lanzaba aguas abajo, como la cascada a los nadadores.

Entonces, con paso lento, abandonando en cada tramo de la escala uno a uno los pequeños triunfos del delirio, bajó Mónica a reunirse con la realidad.

Luis Durand

El desierto fecundo

AMANECER



L espectáculo tiene para nosotros una maravillosa novedad. Una sensación de asombro y de belleza se nos introduce por los ojos cansados de contemplar la cotidiana realidad. Por la ventana circular del camarote, se nos escapa la mirada por encima de la ondulante e inquieta superficie del mar. Se nos va hasta encontrar el horizonte, lejano, inalcanzable, envuelto en gasas misteriosas, entre las cuales asoma el sol, herida en el alba, que sangra sus vertientes de luces que son como arroyuelos tímidos en la indecisa bruma. Después, la luz ya más robusta, ha resbaldado por encima de la superficie henchida y palpitante, para penetrar por la ventana de la cabina y dibujar una temblorosa circunferencia de oro sobre la puerta. En tanto el barco trepida suavemente haciendo tintinear los objetos de cristal que cuelgan de las paredes o del techo. Un aliento poderoso y fresco viene del océano, en donde ahora se extiende al ras del agua una lámina tan sutil como si fuera una malla tejida con hilos de luz. El barco, cuya estabilidad, a ratos nos da la impresión de haberse detenido, va navegando cerca de la costa. Unos pájaros grandes vuelan jugando en el espacio; a ratos ondulan como si imitaran el océano, y a ratos se dejan llevar como una hoja en el viento, que de pronto se anima, lanzando al recobrase

una especie de carcajada metálica que repiten como un eco, otros pájaros que vuelan más lejos, mientras en el barco mismo, el viento gime y habla a ratos un dulce y misterioso lenguaje. Hay momentos en que este viento canta, como si fuera un ser diminuto, que por arte de magia hubiera descubierto las más recónditas suavidades musicales.

Pero el mar da siempre una recia sensación de vida, de fuerza, de ilimitado dominio. Es como un potro soberbio sobre cuyos lomos cabalgara la audacia y la aventura. También el ensueño, pues siempre estas rutas del océano son una flecha que lanzan los anhelos hacia lo desconocido; horizonte que ningún barco ha traspuesto. En sus ondas hay un inquietante misterio, que nos hace recordar unos ojos de mujer en cuyos labios aun no ha florecido la palabra amorosa. Porque toda la belleza del mar se entrega lentamente, como si fuera disimulando su tardanza, en una honda melopea que arrulla y revienta después distante y asordada. Canción y grito. Ruego y amenaza. Seguramente a nosotros, hombres de tierra adentro, se nos queda inédito, íntegramente su fascinante hechizo, que no obstante presentimos, como en una especie de ansiosa adivinación, insatisfecha, pero que nos toca la sensibilidad como un perfume turbador, que empapara los latidos de nuestro corazón.

EN COMPAÑÍA DE LA SOLEDAD

Y tras de cruzar el mar, inquieto, movible, extendido entre horizontes inalcanzables, henos aquí en medio de la pampa, árida, hosca y terriblemente muda. ¡La pampa! Océano inmóvil, en donde todas las rutas son iguales, en donde el viento no encuentra el latido musical escapado de la garganta de un pájaro, ni se impregnó de aromas, ni de la frescura de las aguas corrientes. Así se desliza el automóvil a través del desierto, sobre el cual el sol se derrama sin alegría. Caminar, caminar por en medio de la estéril soledad. Hasta que de pronto, un ruido sordo,

que lentamente se hace más perceptible, sacude la quietud del dilatado ámbito. Es un tren aburrido que cruza la pampa, vestido con el polvo plumizo, que se pega insistente en su ferretería. Este tren no tiene la ruidosa arrogancia de aquellos que cruzan el riente valle central, en donde el humo de su penacho se queda enredado entre la ramazón de un árbol; éste de aquí es un tren desesperado cuya locomotora lanza turbias bocanadas de angustia, que se quedan como rutas de tristeza en la infinita desolación. Empero, el sol, eterno mago milagroso, en su obstinación de hacer el bien, dibuja cabriolas en la lejanía. Y entonces, este tren taciturno, se lanza aullando por en medio de la pampa, rompiendo en trizaduras agudas la brillante quietud de la atmósfera. Su alarido se prolonga, se repite y vuelve a repetirse desesperadamente al no encontrar una oquedad amorosa que reciba su llamado y lo devuelva en un grito jocundo. Es, entonces, una fiera enloquecida y frenética que corre sobre las cintas bruñidas de los rieles, mostrando su ferretería reseca con el polvo tenaz. Hasta que por fin, el ojo empañado de la locomotora, divisa una casa que se alza medrosa en medio de la soledad, y, entonces como sacudido por una rabiosa esperanza, vuelve a lanzar su clamor jadeante, como si dijera: —¡Tengo sed! ¡Tengo sed!

Retemblando se detiene junto a la vivienda, desde donde sale un perrillo que ladra jubiloso. En el enorme tinajón chorreado de humo y encaramado sobre unos travesaños, el tren bebe, bebe, largo rato. ¡Es una larga y terrible sed! Bajo el sol implacable, la casa se achata y cruje, como una voz plañidera que le contara a ese hermano viajero la leyenda de su soledad. Hay junto a ella un árbol raquítico que creció torturado, porque sus raíces sólo encontraron las paredes tercas del subsuelo compacto y seco de esta tierra que jamás han cruzado las venas azules de los ríos para poner en su seno jugos fecundos y vitales.

Dejamos atrás a ese tren aburrido para que sacie su sed junto a la casa solitaria, y a ese árbol extraviado que vive lu-

chando por no morir, y seguimos en esta ruta monótona y sin accidentes que el auto devora jadeante. De vez en cuando, pequeños montículos, hechos con trozos de caliche llaman nuestra atención; junto a ellos hay siempre un arbolito rechoncho, cuyas hojas descoloridas hablan con elocuencia de la anemia que lo consume. Es un rústico homenaje de piedad y simpatía, al caminante del desierto, que un día se derrumbó allí para siempre. De cara al suelo hostil, aquel hombre debió lanzar su última queja, quien sabe si soñando con unos ojos de mujer o con unos labios que le hablaron con ternura en una tarde soleada y fragante, recuerdo que en el último trance sólo fué ansiedad tremenda e inalcanzable. Por las noches unas lucecitas tímidas, tiemblan fríolentas como débiles fuegos fatuos en medio de la negra soledad.

LA ALDEA HEROICA

El auto sigue explorando el terco desamparo. Nada viene a estremecer esta inmóvil y brillante quietud, que nos envuelve. Arriba el cielo diáfano, sin una nube, sin un pájaro que lo cruce; abajo la tierra reseca y huraña, sosegada como un dilatado mar muerto, sin riberas. El sol a ratos dibuja figuras extrañas, cerros que caminan, árboles y aguas que desaparecen en alucinante desfile. Hasta que de pronto, como una lamentable expresión de vida, surge frente a nosotros, un miserable caserío, que se yergue vacilante, sin poder desprenderse de la modorra que lo consume. Da la impresión de que está viviendo una lenta agonía aquí donde lo azota el viento implacable, cuando bate sobre él sus alas iracundas. Se experimenta una verdadera congoja, al cruzar esta aldea heroica que sufre y lucha, aquí donde nada hay, nacido del seno de la tierra, que pueda sustentarla.

Son unas casas que rezuman dolor, abandono y olvido; las puertas desclavadas y torcidas son como los trágicos signos de una interrogación a la cual nadie responderá. Las paredes agrie-

tadas, descoloridas, expresan rudamente de que allí desapareció todo concepto de amor a la vivienda, al confort y al alegre anhelo del hombre que trata de mostrar a los demás, que una casa tiene siempre un alma que asoma por sus ventanas, para hablarnos un poco de lo íntimo de aquello que palpita en el escondido rincón de la sensibilidad.

Y no obstante ¡milagros del sentimiento! hay allí también, plantas criadas amorosamente, en tarros, en tiestos que en otro tiempo sirvieron para cocinar. Esas plantas las cuidan y mantienen como a un sietemesino, estos hombres rudos que en el fondo de su áspera existencia, encontraron una fibra delicada para manifestar su admiración a la naturaleza. Es una evocación de la tierra fecunda. Un poema de amor sin esperanzas. Del tarro de agua que ellos compraran para hacer su comida, para beber y atender a lo más elemental de su higiene, destinaron una pequeña porción para humedecer diariamente aquellas raíces reseca que devolverán esa extraordinaria generosidad con la encendida sonrisa de una flor, y con una gotita de aroma, mínima ilusión que como una luciérnaga extraviada, pondrá en sus almas una chispita de ensueño.

Yo he pasado por en medio de esa aldea, heroica, sintiendo una profunda piedad por ella. ¡Qué hermosa se vería abrigada por altos árboles que la perfumaran, y por pájaros que la arrullaran con sus armonías! En aquella árida extensión, sin horizontes ¡qué bien se vería junto a sus paredes medrosas, un jardín o una huerta, donde pieran los polluelos en esa hora pensativa del atardecer, cuando la dulcedumbre triste de la luz declinante pone un halo de misterio y de inquietud en el corazón! Los brazos morenos y tibios de una mujer serían un milagro permanente y un haz de energías nuevas cuando el hombre volviera de la soledad para buscar la lumbre de sus ojos, y para comerse el pan del hogar. (Déjame oír cantar el viento de la tarde... es posible que dijera). Pero aquí, jamás ser humano soñará influido por la fuerza poética de la naturaleza. Aquí es necesario

hacer huir a gritos el silencio, porfiada lápida que sobre el alma pesa sin pesar. El oasis no logrará abrir su dulce herida de frescura y emoción, en esta férrea costra hostil.

Y la aldea, esta aldea heroica se ha de quedar como un vagabundo fatigado y vergonzante que muestra sus hilachas. Sus hilachas y su reumatismo incurable. ¡Terrible angustia de mirar los que vienen y los que se van! Y sufrir, además, el tormento de no poder morir...

ORO BLANCO

Como los galgos cazadores que presienten y descubren su presa por medio del olfato, así llegaron los hombres—¡siempre tras la quimera!—hasta esta tierra aparentemente inútil y sin objeto, que, sin embargo bajo su gruesa y dura corteza, guardaba en su entraña el prodigioso tesoro del salitre. El oro blanco, como con tan justificada razón se le llama.

Por uno de esos raros y caprichosos secretos de la naturaleza, aquel producto extraído del desierto estéril, iba a servir para hacer más fecundas las tierras de labor, más sazonado el fruto y más rico el grano, que germinaba en su seno.

Una fiebre ansiosa e ilusionada, llenó el pecho de todos aquellos hombres que llegaron a escarbar esa tierra hasta entonces despreciada. Ya no bastó el combo y la piqueta para romper la dura costra. Fué necesaria la dinamita, que en sordas y continuadas explosiones estremeció desde entonces la virgen y silente soledad. Un ritmo acelerado vino a sacudir la pampa entera. El látigo de los arrieros rasgó el cálido viento para caer en seguida sobre el anca de los mulos pacientes y forzudos que arrastraban los carros repletos con aquella substancia que era preciso purificar en unas infernales máquinas de elaboración. Ríos de dinero entraban y salían. El peón altanero y orgulloso entregaba sus energías y sus ansias curvado sobre la pampa infinita. Entonces los puertos se llenaron de barcos que venían a

cargar el milagroso fertilizante, para remozar los viejos suelos, sometidos a siglos de explotación. Era la danza del oro que surgía de la tierra; del oro que llegaba desde los más remotos países y convertía de la noche a la mañana, a los afortunados descubridores en millonarios.

También, ríos de sangre y de sudor, inundaron la pampa. La dinamita rompía la tierra, y asimismo despedazaba la carne humana, que se ofrecía soberbia y desafiante en aquel escenario de epopeya. Desde las tierras fecundas y fragantes del sur, llegaban los rotos membrudos, ricos en esa energía que habían sustentado los porotos, el muño de harina tostada y las pancutras. Todos traían adentro una ansiedad abrasadora, una ilusión encendida y alucinante como un mágico fuego de pirotecnia. ¡Ah, muy pronto habrían de retornar a la tierra, para desplegar como los personajes de los cuentos de hadas, delante de las mujeres y de los niños deslumbrados, los crujientes fajos de billetes, mientras en los bolsillos repletos, el oro sellado repicaría la prometedora alegría del bienestar soñado! Y después, a comprar tierras, bueyes, carretas, ponchos loboreados y caballos briosos, que ellos en un día de jolgorio pudieran revolver en un puñado de tierra, al sentir en sus flancos el acicate de las espuelas tinteantes. En tanto, bajo la ramada, le acariciarían unos ojos de mujer cuando estiraban el brazo moreno, ofreciéndole el vaso de tinto en donde naufragaban las frutillas relucientes y olorosas.

Pero ¡ay! no contaban ellos con la imprevisión criolla, con esa enfermedad del americano que todavía no conoce la verdadera y sombría tragedia del hambre. El drama de los pueblos viejos que nacieron y vivieron luchando palmo a palmo con la necesidad, estrechados por la falta de horizontes para ampliar su actividad.

Allí en la pampa, en verdad, se llenaron los bolsillos, pero entonces nació en ellos, el deseo violento de disfrutar, de gozar también del festín de la vida. Y entonces, con la confianza en el pecho, sintiendo en las manos la hasta entonces desconocida

voluptuosidad de acariciar un fajo de billetes, se fueron a los pueblos donde la orgía, la lujuria y el alcohol los esperaban ávidamente. Los instintos y los apetitos surgían avasalladores, tremolando como llamaradas o como fieras rabiosas acicatadas por la sed y el hambre. Junto a una china querendona, y a una guitarra de curvas redondeadas, como las caderas de la moza que allá en el terruño, en un día de ensueño les entregó los labios y una promesa, se quedaron ebrios de nostalgia y de alcohol, oyendo la tonada evocadora y sentimental. La soberbia y el coraje les brotaba a chorros poniendo en ellos una diabólica exaltación que les impulsaba a acariciar el puñal, cuya hoja tibia escondía sus reflejos entre la apretada faja.

Hasta que de súbito el insulto brotaba como un peñascazo. Desaparecía de los ojos, la luz cordial, y de la desgarrada actitud habitual del roto, surgía entonces, el desafío arrogante y amenazador. Bajo la turbia luz del prostíbulo centelleaban agudamente los puñales; la chaquetilla enrollada al brazo, y el salto felino; el odio en el rostro haciendo visajes satánicos. El lupanar, barco en medio de la tempestad de las pasiones y del instinto, oscilaba entre roncas blasfemias y agudos chillidos de mujeres aterrorizadas. En tanto los rotos seguían danzando, como juglares enloquecidos, haciéndole esguinces a la muerte, hasta que de pronto la sangre reventaba, como de un trágico manantial, para pintar en el piso una especie de choapino encendido, sobre el cual caía el vencido gimiendo roncamente su última maldición. Y mientras el uno trasponía las fronteras de la vida, el otro se lanzaba a la pampa, huyendo de la huella como si lo llamara la soledad; o bien iba a rumiar su desventura tras los muros tercos de una prisión.

Otras veces era el veneno de las llagas sociales el que les atacaba traidoramente. El sexo, como si ocultara un fuego subterráneo y maldito, los unía, también, en una onda de placer y de dolor. Un fatalismo, mezcla de inconsciente ignorancia y de desdén, les hacía despreciar el peligro y burlarse de la higiene,

como si fuera algo que restara prestigio a su condición de hombres fuertes acercándolos a las preocupaciones femeninas. Y así, con un desdén suicida se dejaban devorar por las enfermedades, y no sabían cómo enloquecían y se convertían en ciegos o epilépticos. No tornaban bravos y arrogantes hacia el sur, sino que derrotados y farfulleros como canes aspaventeros tras la patada de una bestia. La dinamita, el cachucho infernal, así como el peso absurdo de los sacos que en las faenas de carguío reventaban sus pulmones, hicieron lo demás. De esta manera, la vitalidad de medio Chile iba a naufragar en el engañoso miraje del norte.

La molicie se manifestaba en todos sus aspectos. Los magnates ostentosos iban a derrochar su dinero en los grandes centros humanos del viejo mundo. ¡París! La fantástica hoguera donde se ha consumido la vanidad ingenua del americano. La Costa Azul y los nobles tronados. Todo aquel oropel provocaba el desvarío cándido de los pueblos que aun no sabían caminar por la existencia. Un afán enfermizo y desorbitado, empujaba a estos transplantados a buscar desesperadamente un sitio entre la nobleza de los viejos países, que de esta manera volvían a recuperar todo el dinero que invertían en comprar los productos maravillosos de América. Así fué posible que nacieran a la vida social de las grandes ciudades de Europa, duquesas y marquesas, cuyos pergaminos sólo se podían hallar en los escondidos mantos de salitre de Tarapacá y Antofagasta.

El peón, el roto sufrido y esforzado, seguía entre tanto, extrayendo aquellos tesoros, sin esperanzas de alcanzar nunca, ni siquiera un mínimo de bienestar. Un día fué necesario empuñar las armas en vez de las herramientas de trabajo, y lo hicieron con la misma desdeñosa arrogancia que frente a las rudas incidencias de la faena. No les arredró la metralla ni los rigores de una naturaleza hostil, y aun cuando supieron de las ardientes embriagueces del triunfo, fueron, otra vez inconscientes de su poder y de su fuerza, a curvarse sobre la pampa para entregarle los

restos de su energía y de sus ansias confusas y recónditas. Era necesario vivir y vivían prisioneros de su destino, del cual ya no podían escapar.

Ahora hemos tenido oportunidad de conocer a muchos de esos hombres rudos, recios girones de la gleba a quienes ni el sufrimiento, ni las enfermedades, ni las locas orgías pudieron derrumbar. Llegaron allí, jóvenes y arrogantes, desdeñosos e impávidos para mirar el futuro. Conocieron los días opulentos, los tiempos esplendorosos, en que ellos se daban por lo menos el gusto de estrellar en pleno rostro, el escupitajo de su insulto, devolviendo insolencia por insolencia, al capataz atropellador, para abandonar en seguida la faena e irse a otra parte, en donde los recibieran sin preguntarles de dónde venían, qué habían hecho y por qué llegaban. En todas partes se necesitaba energía humana, pulmones que se calcinaran bajo el sol; se desgarraron lentamente, como esos gigantes de la selva, bajo el golpe insistente del hacha o se fundieran en el infierno de los cachuchos. En todas partes había una actividad febril. Cruzaban la pampa los convoyes de carretones entre la polvareda seca de la costra chancada día a día, en tanto en el aire, silbaba el látigo de los mayoresales y en las Casas de Fuerza las poderosas máquinas latían como fieras encadenadas. El dinero llegaba y se iba con extraordinaria facilidad, como si se olvidara el concepto de su valor exacto. El placer, así adquiría todas las formas y gradaciones. El whisky y los licores finos corrían a torrente en los casinos; en las chinganas el mosto y el «guachucho». Mientras tanto, allá en la orilla del mar los barcos seguían llenando su vientre insaciable con el salitre que era solicitado ansiosamente por los mercados de Europa.

Pero llegó un día en que la demanda del prodigioso fertilizante cesó. Allá en el otro lado de los mares, la ciencia de los hombres había encontrado la manera de substituir el producto que encerraba la entraña de la pampa. Y entonces todo aquel río humano, cuya actividad se ejercitaba en ella, no tuvo qué

hacer. El formidable competidor descubierto por la ciencia venía casi a arruinar la industria. Comenzó así, el desfile trágico de los hombres que retornaban, obligados por las circunstancias, a mirar hacia la tierra donde el árbol, la sementera, la chacra o el viñedo eran fuentes eternas de vida. Empero, esos hombres volvían gastados y descontrolados, sin más bagaje que un sordo rencor que ellos mismos no sabían precisar ni ubicar. El campesino miró entonces, con recelo primero, y después con odio al nortino que llegaba a poner en peligro su pan. Y fué así, como los que no se resignaban a soportar el hacinamiento que les consumía en los albergues, se fueron por los caminos a vagabundear, merodeando cerca de las casonas apacibles, amenazando esa tranquilidad a la cual ellos, desarraigados, no se podían incorporar.

Sólo unos pocos se quedaron, por milagro, allá en el norte, soportando la baja del salario, y aferrándose ahora, humildes y resignados a la faena, por dura y mal pagada que esta fuera. Ahora hemos podido conocer a algunos veteranos de esa jornada de cíclopes. Hemos entrado a uno de esos túneles en donde la cuña y el combo, hacen su trabajo lento de roedores. Una perforadora mecánica ruge sorda y temblorosa en el fondo del túnel, como una bestia irritada que se apresta a defender su madriguera.

Un hombretón sexagenario llena un capacho de metal con trozos de caliche, que arriba un mulo hace subir, tirando de él ayudado por una roldana. Le preguntamos cuanto tiempo hace que trabaja en la pampa y nos contesta desabridamente:

—¿Cuánto tiempo? Saque Ud. mismo la cuenta. Tenía dieciocho años cuando me vine y ahora ya me van cargando sesenta.

—¿De qué parte es usted?

Cierra los ojos para dar una sensación de lejanía. En seguida, como si no lo recordara bien, dice:

—Soy de San Fernando, al interior... Cerca de la costa.

—¿Y nunca ha sentido deseos de volver a su tierra?

—Deseos no me faltaron. Pero la pampa agarra. Y ahora no hay nada que me tire para allá. Además para volver en los mismos pelos, más vale quedarse aquí...

Chupa la colilla de su cigarrillo, casi quemándose los dedos. Y se inclina sobre el capacho disponiéndose a seguir su trabajo. Es un moderno galeote en cuya alma, ya no florece ninguna esperanza.

LOS ANIMALES MECÁNICOS

Aquí en esta pampa de María Elena y Pedro de Valdivia se han construído dos plantas elaboradoras de una potencia formidable, que trabajan con el moderno sistema Guggenheim. Estos yacimientos no hubiera valido la pena trabajarlos por medio de los anteriores sistemas, pues son de muy poca ley, lo cual habría encarecido en forma tan crecida la elaboración, que para nadie podía ser un negocio su explotación. Sólo con estas prodigiosas máquinas que ha inventado la ciencia ha sido posible trabajarlos, y dar así un robusto impulso a la industria salitrera.

Con la implantación de estas máquinas ha vuelto a repetirse el caso de siempre. Que se sienta por ellos recelo y desconfianza. Mejor dicho, odio. El progreso de la civilización y todos los inventos de la mecánica son los eternos enemigos del hombre, que entrega su esfuerzo en una faena subalterna. Romper la tierra, quebrar el caliche, transportarlo, desrripiar, o sea extraer de las bateas el ripio que ya no contiene salitre y todo el complicado proceso de la elaboración, ya no es cosa en la cual el obrero intervenga directamente. Ahora todo eso lo hacen estos estu-
pendos animales mecánicos, con una precisión, rapidez y eficiencia que, en verdad, dejan al observador atónito y desconcertado. Por medio del moderno sistema Guggenheim, el salitre se elabora, con la no colaboración de la energía humana, sino con el aporte de la inteligencia del hombre, sin necesidad de que

éste contribuya con su sufrimiento ni exponiendo en cada momento su vida como ocurre con el antiguo sistema.

Se ha repetido mucho de que estas máquinas sacan el tesoro de la tierra y dejan en cambio el hoyo estéril. Que se alimentan con el combustible traído del exterior. Que ya no se consume ni pasto ni maderas, ni energía animal, ni humana. Todo eso es seguramente una gran verdad.

Pero frente al tremendo problema de la competencia del salitre sintético, ¿sería posible trabajar con los antiguos métodos, estas pampas que dan tan bajo rendimiento? Porque si este problema se examina con un criterio sereno y desapasionado, es necesario considerar el esfuerzo que también significa el que los norteamericanos hayan invertido aquí sumas fabulosas, en maquinarias y edificaciones, en viviendas para obreros y empleados. Cuestión complicada y difícil sobre la cual no es posible pronunciarse en forma definitiva ni tampoco ligera.

Lo que hay de cierto es que el progreso de la ciencia trae todas estas complicaciones, que en uno de sus aspectos crea el problema social originado en el exceso de brazos. Es asunto tan intrincado que casi es temeridad tocarlo sin tener profundos conocimientos sobre la materia. La electricidad, los motores a bencina y el vapor, destruyeron, puede decirse la tracción animal. Por consiguiente, ocasionaron la ruina de los productores de animales de tiro, y de forrajes. Considerada esa circunstancia ¿es absurdo emplear estos medios modernos que trae la civilización? ¿Puede un país seguir el ritmo de la vida actual sin tomar en cuenta el imperioso mandato del tiempo, destructor y creador de cuanto existe?

Con estas maquinarias se ha desplazado en gran parte al hombre, pero es innegable que la labor que ahora le toca realizar es menos dura y su condición de vida es, sin comparación, mejor. El sufrimiento y las necesidades que experimenta el de abajo, son más bien, aquí como en todas partes, la resultante del sistema social y no de determinados hombres. En la pampa se

sufre actualmente, así como puede sufrirse en el campo o trabajando en medio de la calle. Por lo menos en las oficinas de María Elena y Pedro de Valdivia, no es difícil advertir que los jefes, dueños o patronos han tratado de suavizar en cuanto es posible las condiciones de vida del obrero, en cuya vestimenta y vivienda el observador desapasionado no encuentra las huellas de la miseria ni de la desnutrición. Pero dejaremos este aspecto del asunto, para cumplir con nuestro propósito, de reflejar en estas líneas, la impresión visual que nos dejó el espectáculo de la pampa salitrera.

Desde una distancia más que prudente, tuvimos oportunidad de ver explotar un tiro (o tronar como se dice allá), que ha removido una enorme cantidad de toneladas de tierra. Un sacudón seco, remece el lugar desde donde observamos, y casi instantáneamente, brota del sitio en donde se opera una polvareda densa, que se dora e inmoviliza—tan espesa es—en la luminosidad del mediodía. Después, una chancadora mecánica, un animal de acero gris, despedaza los grandes trozos. Muy pronto se extenderá a lo largo del «rajo» en explotación, una línea sobre la cual avanza un tren eléctrico que se mueve por medio de baterías de acumuladores, y cuyos vagones de carga, el animal mecánico va llenando con el producto en bruto. Dirigido por un solo hombre, abre con regularidad matemática la enorme tarasca para, una vez llena, depositar su contenido dentro de cada vagón. A veces un enorme trozo de caliche queda vacilando al borde del carro, y entonces la bestia de acero lo acomoda con el hocico, como si fuera, en realidad un monstruoso ser vivo que no supiera cansarse jamás. Una vez que está el tren completo, un agudo silbido perfora la brillante claridad del día, y entonces el convoy parte hacia los molinos en donde se molerán los trozos. Por medio de una maniobra muy parecida a la que hacen los trenes en las estaciones, la máquina va dejando uno a uno los carros en su desvío, los que, a su vez, empuja un enorme tope de hierro (la mula) hasta dejarlos sobre una plataforma, en donde el

vagón es aprisionado por unos brazos curvos de acero, que lo dan vuelta y vacian su contenido en una ancha cavidad que conduce a las formidables muelas de los molinos, en donde se tritura el caliche. Retiembla la tierra con el ruido que produce la molienda, y con el latir jadeante de los motores, que funcionan en los subterráneos que tienen siete pisos de profundidad.

Una larguísima correa transportadora, lleva el caliche triturado hasta los estanques de la lixiviación en donde el agua que empapa todo este material, desincorpora el salitre de su estado natural disolviéndolo en el agua. En esta forma es conducido por cañerías hasta unos estanques en donde la solución circula primero a una alta temperatura, (42°) y después a una más baja para que se produzca la cristalización por medio de una refrigeración a base de amoníaco. En seguida pasa a las centrífugas que alcanzan una velocidad de 870 revoluciones por minuto y que extraen al salitre el agua y toda otra substancia extraña, hasta dejarlo completamente puro. Después el salitre va a una enorme planta granuladora, que es un inmenso galpón, en donde hay unos surtidores que lanzan el salitre en estado líquido y calentado a una temperatura fantástica, hacia lo alto de la cámara para que, en su trayecto de descenso se enfríe y solidifique, por medio de corrientes de aire, y adquiera la forma y el tamaño de una pildorita de homeopatía. Luego las máquinas llenan, pesan y cosen los sacos.

Contando con la menor cantidad de palabras posibles y sin detallar una serie de operaciones secundarias, es esta la forma cómo se elabora el salitre por medio del moderno sistema Guggenheim. Como se ve, casi todo lo han hecho estos diabólicos animales mecánicos, que pasan todo el día rugiendo sordamente, sustentados por los poderosos motores de las casas de fuerza, que son verdaderas montañas de hierro de diversas formas, con ruedecillas, relojes y extraños aparatos de las más variadas formas, de cuyas funciones el profano no alcanza a darse cuenta cabal

ni tampoco muy aproximada, por más que se lo expliquen los ingenieros con una magnífica buena voluntad.

LOS CAMPAMENTOS

Si en María Elena y Pedro de Valdivia existiera vegetación, sus campamentos serían dos pueblos hermosísimos. Todo está allí muy bien tenido y reina un orden admirable. En todas las casas de los empleados que cuentan con mayores recursos, pueden verse pequeños árboles y plantas cuidados con afán constante y cariñoso. Pero la esterilidad que rodea todo el ámbito, no permite que esto se advierta en conjunto, ni se destaque el esfuerzo de sus pobladores en este culto al árbol y a la flor. En ambos campamentos existen plazas muy bien tenidas. Un teatro donde se pasan películas sonoras. Escuelas con amplias salas llenas de luz y de aire. El hospital de María Elena es una maravilla tanto por los modernos aparatos de rayos, y cirugía de que dispone, como por su personal de médicos y enfermeras. Hay baños públicos para obreros y también hermosas piscinas de natación en las que se observa un aseo esmerado. Hay clubes para empleados y obreros y recién se ha organizado una biblioteca que es atendida y mantenida por la Compañía. Canchas de football, de tennis, etc. Además de las pulperías de la organización salitrera, existe también un mercado libre.

Los obreros casados viven en casitas independientes, separadas por una muralla, en calles de edificación uniforme. Los solteros ocupan habitaciones en que duermen tres o cuatro hombres. Para éstos, el problema sexual debe ser motivo de viva y permanente inquietud, sometidos como están a una rígida y severa disciplina. Esta cuestión ha sido tratada en diversas oportunidades por el Directorio de la Compañía y se ha podido ver que es de difícil y complicada solución por los trastornos y perturbaciones que podría traer, el autorizar el comercio sexual.

Los empleados con familia, viven todos en casas separadas:

especie de bungalows muy hermosos, de construcción moderna que cuentan con toda clase de confort y elementos de higiene y por cuyo arrendamiento se paga un precio de \$ 83 mensuales.

El obrero y el empleado, cada uno en su medio, hace vida social intensa, en los clubes que la compañía ha edificado para este objeto. Un destacamento de carabineros tiene a su cargo la vigilancia y el orden. Bajo este régimen jamás ocurren allí, desmanes ni excesos de ninguna especie.

LOS BARCOS QUE NO PUEDEN ZARPAR

Viajando en la noche por la pampa, se experimenta la sensación de que no existe alrededor, otra cosa que la obscuridad. Ningún rumor turba este inmenso silencio. Jamás un grito, una voz lejana, un latido vital. Hasta el viento resbala sobre el auto con una suavidad medrosa. Para el que está acostumbrado a cruzar el campo, sintiendo el bramido de un vacuno, el grito de un pájaro, el rumor de los esteros o el murmullo del follaje en sus interminables y misteriosos secretes, este silencio le causa una rara y extraña sensación. A ratos asoma en el camino la luz de un auto o de un camión de carga que cruza veloz y se pierde tragado por la obscuridad y de nuevo el inquietante misterio vuelve a envolvernos.

De pronto llegamos a pensar de que como por arte de magia, vamos viajando sobre el mar. Y esta sensación se acentúa cuando divisamos a lo lejos unas luces temblorosas que suben y bajan como si estuvieran colgando de los mástiles de un enorme barco. En la distancia el cielo se aclara con una niebla blanquecina parecida a esa que se inmoviliza sobre los cerros de la costa. ¡Ah! Es que hay cerca un transatlántico iluminado que trata en vano de zarpar. Percibimos un rumor hondo y lejano, como el de las olas cuando se estrellan y rompen sobre los acantilados. Y este rumor, lentamente, se hace más perceptible. Es el jadeo de las máquinas del transatlántico que lucha en vano por hacerse

a la mar. A ratos un pitazo largo, hiere la noche con agudo clamor. Las luces se agrandan y en la imaginación vemos la masa obscura de la obra muerta del barco estremecido, que late y forcejea enredado en el misterio de la noche.

Pero este barco inmóvil, no puede partir. A medida que vamos avanzando la impresión se transforma y se hace realidad. Es un campamento con el ruido de los motores de sus casas de fuerza, de sus molinos subterráneos y de todo el traqueteo de la elaboración. Un jirón de vida que alienta en medio de la inmensa noche de la pampa.

PÁJAROS PRISIONEROS

Lo primero que hoy hemos oído al despertar es el canto de los pájaros. Al abrir los ojos, a través de los cristales de la ventana, hemos podido contemplar la encendida sonrisa de unas flores, y, más distante, meciéndose dulcemente en la brisa matinal, la rama de un árbol. Más arriba un retazo de cielo azul purísimo. ¿Estamos en el campo? ¿En algunas de esas grandes casonas señoriales del valle central, o en una de esas poéticas viviendas perdidas entre los montes australes? Se nos figura que de un momento a otro oiremos el bramar de los terneros, el relincho vibrante de un potrillo o las ásperas voces de los capataces. Empero, nada de eso ocurre, porque cuando nos asomamos a la ventana, el milagro que floreciera en nuestra imaginación desaparece. La extensión grisácea de la pampa se extiende sin límites por donde se dirija la mirada.

¿Qué es lo que pudo hacernos pensar en todas estas cosas? ¿Fué un sueño sustentado por la evocación de la tierra fecunda? Curiosamente nos hemos asomado a la ventana, y entonces, sin gran dificultad, hemos encontrado la explicación del milagro. Por en medio del patio discurren juguetones y graciosos algunos pájaros traídos de nuestra selva rumorosa. Tordos, zor-

zales, tencas y jilgueros, que deben sentir la ilusión de sus quebradas y montes, junto a este pequeño oasis artificial.

Un día los soltaron aquí, y entonces ellos, con el canto de la libertad que les brotaba de la garganta, extendieron las alas y se remontaron en jubiloso vuelo para buscar el amparo de un gran bosque en donde vivir y cantar bajo la azulidad maravillosa de un cielo profundo. Volaron, volaron, hasta darse cuenta de que estaban abandonados, extraviados, prisioneros entre dilatados horizontes, en donde era imposible hallar un monte entre cuyas frondas musitara el viento sus baladas dolientes. Audaces y confiados, subieron hasta tocar el azul, y en sus ojos de pájaros zahareños, debió tal vez reflejarse por primera vez el asombro. Ni bosques, ni sembríos, ni aguas corrientes, ni quebradas profundas y misteriosas. Sólo la medrosa soledad. Y entonces retornaron de su excursión ilusionada, para buscar los árboles melancólicos que en medio de la desolación, sueñan y hacen soñar...

LOS LIBROS

PIEDRAS Y SOL, de Sady Zañartu, por *Juan Marín*.

«Hacia el mundo de los Incas» es el subtítulo que su autor ha querido dar a este hermoso volumen, ilustrado con magníficas fotografías. Impregna sus páginas la lírica emoción del poeta que se enfrenta con la grandeza casi mística de una cultura desaparecida y cuyas formas comienzan a emerger de la tierra en las cumbres y mesetas del misterioso Andes. Mueven a admiración y asombro la arquitectura y la estatuaria de los incas, sus conocimientos en el trabajo de los metales, sus adelantadas prácticas agrícolas, la perfección de sus métodos de regadío, el hondo sentido, cósmico y humano a la vez, de su religión de culto solar. El autor evoca, con pluma de poeta y pincel de pintor, la Misa en el Templo del Sol, las perspectivas del gigantesco Cerco de los Muertos, el Valle Sagrado del Vilcanota con su templo de Wiracocha, la divinidad suprema que «aunaba el agua, la tierra y el fuego». Nos hace luego oír su extraña Serenata en Piedra en la ciudad de Manco Capac y Mama Ocllo. Luego nos conduce con sobrecogedora emoción a la montaña inhabitada, distante más de mil kilómetros del litoral, en plena altura: a la ciudad muerta de Machupicchu, descubierta en 1911 por Hiram Bingham y exhumada de la selva por las comisiones de la Universidad de Yale y la Sociedad Geográfica Nacional de Wáshington. Viajamos después hacia el santuario de Huanka Rumi y la visión del escritor nos es transmitida al través de un lenguaje recogido, diáfano y musical: «Sólo.

poseído de la grandeza del Santuario y del fervor de los indios que hasta aquí vienen en peregrinación desde lejanas regiones, contemplo el paisaje que se extiende abajo del roquedal y por donde el río sagrado de los inkas es una sierpe cautiva entre las duras peñas. El temporal ha dejado en las cumbres de la otra ribera del río un leve manto de nieve que la tarde enciende con el oro de sus celajes. Todo es evocación: baja de las faldas el canto pastoril de una kena, soplada por Julián, al paso de su majada, y, del otro lado de la quebrada, del pueblo indio de San Salvador, el viento trae intermitente el golpe del bombo, en la danza que preparan los «chunchos» para la fiesta de la virgen del Rosario que se venera en Huallhua. El aire es tan transparente, tan puro, que pueden verse en la lejanía hasta los andenes de Pisac en sucesión infinita de altares. ¡Cómo se alejan y luego se acercan las cumbres! Tiene el roquedal tras sí un alto cerro, como un bastión, cuyo picacho mece trágica leyenda: el nombre del inca Kusi-Huarco. La noche viste la cumbre de un sayal negro». De regreso de la sierra, Sady Zañartu nos muestra el encanto misterioso y sensual de Lima, con sus jardines, sus celosías y sus mujeres morenas de arqueado y diminuto pie y los patios luminosos de Arequipa, escenarios de amores y cuna de indomables rebeldías. Cerramos el libro como quien retorna de un viaje maravilloso. Su embrujo ha logrado cogernos en una trama de colores y de música y embriagarnos con la evocación de cosas lejanas, grandiosas y muertas. Es duro el tránsito del ensueño a la realidad. Hubiéramos deseado seguir dialogando en voz baja con Mama Killa y con Koricancha, mientras lejos batían sus alas al atardecer las voces de bronce de la María Angola.—J. M.



OCHO HOMBRES, por José S. Villarejo.—Buenos Aires.

Son ya varios los libros que nos han mostrado diversos aspectos de lo que fué la guerra del Chaco. Hasta ahora, todos

ellos son el producto de la observación de hombres a quienes les tocó actuar detrás de las trincheras bolivianas. «Aluvión de Fuego», de Oscar Cerruto; «Del Caldero del Chaco», de Aquiles Vergara Vicuña y «Sangre de Mestizos», de Augusto Céspedes, del cual tuvimos oportunidad de hacer un comentario en el número anterior de «Atenea». Todos estos libros han sido publicados por editoriales chilenas. Esta novela de Villarejo, que acaba de aparecer en Buenos Aires, nos muestra el aspecto de la guerra detrás de las trincheras paraguayas. No hay en ella el dramatismo, ni el tono lírico y a ratos épico que caracteriza a los relatos de Céspedes. Es éste un libro más objetivo, más sencillo en su factura, tal vez con menos pulpa artística, pero en el cual se presiente desde sus primeras páginas la tragedia que ronda alrededor de esos ocho hombres en campaña, que actúan y se mueven dentro de un escenario en el cual los persigue la sombra de un destino implacable.

Estas ocho figuras humanas que son los personajes del libro de Villarejo, son ocho soldados del regimiento de infantería «Cerro de Cora N.º 14», y tienen como todos los hombres del mundo, una mujer, un hijo, una hermana o una novia a quien amar y evocar. En medio del horror de la guerra, oyendo el estampido fragoroso del cañón que retumba en la lejanía y el tableteo de las ametralladoras, esas imágenes tienen, sin embargo, la fuerza espiritual suficiente para remover en su sensibilidad, toda esa vida pretérita cuyo ritmo, ya un poco confuso y desvaído, ninguno de ellos sabe si volverá a continuar, porque «la guerra es la guerra», (esto cerca de las trincheras se oye decir a cada momento) y es preciso acostumbrarse a la idea de que la muerte es la posibilidad más segura que allí se tiene.

Así lo comprende el sargento Anastasio Martínez, cuando recibe de su capitán la orden de ir con ocho hombres a hacer una exploración de reconocimiento a través del monte chaqueño, con el objeto de conocer las posiciones bolivianas, frente a las cuales el regimiento paraguayo al cual pertenece, mantiene su duelo

cotidiano. Para realizar esta peligrosa comisión aquel piquete de soldados, tiene que cruzar por entre el laberinto de «picadas», es decir, de rutas improvisadas que el machete boliviano o paraguayo, abrió en la selva. Es una ruta plagada de peligros y de asechanzas. Se dejan guiar más por su instinto que por el conocimiento que tienen del monte y de esos caminos sorpresivos, que las necesidades de la guerra obligaban a trazar de un día a otro. Por las noches el frío penetrante del invierno chaqueño, cala sus miembros extenuados por la fatiga de aquella marcha interminable. La ropa y la carne desgarrada por las ramas, hace más lamentable su figura y más cruel su peregrinación. De vez en cuando, les sorprende el inquietante silbido de la serpiente cascabel, cuya vecindad permanente no les permite ni siquiera un descanso tranquilo. Y por dentro van roídos por el recuerdo de una casa, de un ser querido, de unos ojos que se quedaron clavados en el corazón. Como en el relato de Céspedes, en que el coronel Sirpa vive obsesionado por la imagen de su mujer infiel, aquí en el otro lado, Anastasio Martínez, sargento primero de un regimiento paraguayo, pierde el sueño por una mujer que ni sabe si lo ama, o le ha olvidado. Una noche siente unos celos feroces con uno de sus soldados y casi se olvida de su papel de jefe, de la guerra y de su difícil comisión. Los muertos a quienes ya el sol, los pájaros insaciables y los pequeños simios ya devoraron, jalonan la ruta con sus macabros despojos. Un día se entretienen revisando los apuntes de una libreta que encuentran junto a los restos de un «bolís», Anastasio Martínez lee aquellos apuntes y sus compañeros le oyen con gran interés, con un interés de niños grandes olvidados de lo que tienen qué hacer. Uno de ellos observa gravemente:

—Escribe bien ese tipo.

Vuelven a su base. Pero el capitán encuentra que la misión no fué cumplida a la medida de sus deseos. Y entonces tornan de nuevo al monte. Ahora los empuja una fatal resignación. Un día sorprenden un piquete de bolivianos a quienes matan. Pero

al otro día les toca el turno a ellos. «La guerra es la guerra». Y mientras en sus cuerpos se hartan los pájaros y las fieras, por cada lado, allá muy lejos de las trincheras, hay siempre alguien que llora sobre el recuerdo de aquel que devoró el monstruo insaciable de la guerra.—L. D.



GLEBA, por *Carmen de Alonso*. Ediciones Cultura

Alguien nos dice que bajo el pseudónimo de Carmen de Alonso, se oculta el nombre de una joven escritora chilena, que debuta con este libro en las letras nacionales. No hay duda que entra con paso firme a la literatura. Inmediatamente se advierte en su prosa un dominio del lenguaje, y cierta facilidad, nada de común, en quien comienza, para manejar el hilo de los asuntos que toma para realizar sus concreciones artísticas. Nos deja un tanto perplejo el título de su libro, que en realidad no parece reflejar el carácter de los temas tratados en este volumen. Pero esto no tiene mayor importancia. Lo importante es que en sus páginas se refleje la vida, con su claroscuro de tristezas y alegrías. Que haya en ellas, animación, fuerza expresiva y el sentimiento necesario para dejar una huella perdurable en el espíritu del lector.

Nos parece que estas condiciones esenciales están conseguidas en gran parte. Carmen de Alonso se revela como un temperamento profundamente femenino, en su manera de observar el ambiente alrededor del cual mueve sus personajes, y de expresar lo que ella entiende de la vida. En sus diálogos, hay soltura y justeza. Las gentes conversan sin que se note artificio, ni tampoco desentono con el medio en que la autora las sitúa. En lo que nos parece que se equivoca, y esto lo decimos sin apelar a otro título que el de un largo conocimiento con esa realidad, es en la pintura del ambiente y de los tipos campesinos. No lo-

gra darles el sello de lo auténtico, ni acierta en su psicología, ni con sus reacciones frente a la vida. Menos con su lenguaje, en el cual, aunque la señorita Alonso no usa los giros ni las deformaciones características del guaso, debían haber por lo menos ciertos rasgos que definan su silueta y en sus pensamientos, un poco de la ruda sencillez habitual en él. En sus cuentos «Tierra» y «El Puma», no se respira el aire del campo chileno, ni se reconoce a ninguno de sus habitantes.

Pero esto, en ningún caso, puede amenguar los positivos méritos que posee el libro de la señorita Alonso. Hay en sus cuentos un soplo de poesía y de sentimiento bien dosificado. Creemos, sí, que le falta descubrir ese secreto mágico de poner al lector al borde de la emoción. No lo consigue en «Eramos dos hermanos», aunque lo logra débilmente en «El cofre de los sueños». Pero todo eso es difícil. Es el resultado de un largo ejercicio en el arte de escribir, el fruto de una dilatada experiencia en el uso del instrumento literario. Jamás se concluye de aprender la manera de hacer más plástica y más saturada de belleza la obra de arte. Es una barrera que se repite hasta el infinito y que el escritor no concluye nunca de trasponer.

«Gleba» es, sin duda, el resultado de un esfuerzo realizado con amor, y con clara conciencia de la misión artística que al escritor le está señalada. Y su autora posee un verdadero temperamento de escritor. Se ve que posee cultura, lo que le permitirá luchar con ventaja en su afán de mejorar su estilo y todos los recursos que su arte requiere. No es aventurado predecir que la aguarda un bello porvenir, en el cual no escasearán los laureles del triunfo.—L. D. D.



LA OBRA PSICOLÓGICA DE RADECKI, por el *Dr. Alfredo Cáceres*.

El profesor uruguayo Lorenzo Merola, catedrático de Clínica Quirúrgica de la Universidad de Montevideo, ha dicho del

doctor Waclaw Radecki, al psicólogo polaco creador del sistema llamado «discriminacionismo afectivo» que el «profesor Radecki nos ha dado la impresión de ser la mayor fuerza mental que hemos tenido cerca». A estudiar la labor de este sabio está dedicado el ensayo del doctor Alfredo Cáceres: *La obra psicológica de Radecki* (1).

Desde luego y como lo indica el Dr. Cáceres, su libro no es un estudio completo de la extensa labor de Radecki, ya que la vastedad de éste implicaría para su abarcamiento total un volumen de mayores proporciones externas, sino una síntesis reducida a sus contornos más elementales y necesarios para exponer en sus líneas de conjunto, en sus aspectos más básicos, el cuerpo de doctrina del psicólogo polaco, siendo al mismo tiempo una invitación al conocimiento de la obra radeckiana, una incitación a la pulsación integral. Esto, sin embargo, no significa que el ensayo del Dr. Cáceres tenga, únicamente, una valencia divulgativa; él entraña, además del dominio del material analizado, amplitud de capacidad científica, multiplicidad y consistencia de saber y penetrante inteligencia exegética. Ahora, si agregamos otras características meritorias, como la diafanidad con que ha sido escrito, apareciendo eliminado hasta donde ha sido posible el tecnicismo en el lenguaje, la transparencia en la exposición y el método, verdaderamente pedagógico en cuanto esta palabra indica claridad, precisión y disciplina mental que se ha aplicado al desenvolvimiento de los temas, es indiscutible que el libro del Dr. Cáceres será utilísimo para el conocimiento de la obra de Waclaw Radecki.

El profesor Radecki vive en Sud América desde 1923, año en que llegó al Brasil, sin venir contratado por ninguna institución científica. En poco tiempo obtuvo la creación de un Laboratorio de Psicología en Río de Janeiro y años más tarde la instalación del primer Instituto de Psicología de América del Sur:

(1) Sociedad de Estudios Psicológicos. Editorial Alfar. Montevideo.

organizó el Laboratorio de la Colonia de Alienados; ha dado cursos en las universidades sudamericanas del Atlántico, etc. En Europa su labor había sido múltiple, demostrando fuera de sus grandes condiciones científicas, su formidable capacidad de trabajo. Fué ayudante de Claparede, contribuyendo a organizar el Laboratorio de Psicología de Ginebra; también organizó el Laboratorio de Psicología en la Clínica Psiquiátrica de Cracovia y el Laboratorio de Psicología en la Universidad Libre de Varsovia, siendo profesor y decano de la misma facultad. En Brasil, además de sus trabajos de investigación científica de las innumerables publicaciones paralelas a los mismos, de sus conferencias y cursos, se ha destacado su actitud de maestro, incitando y sosteniendo en sus discípulos la inquietud por este aspecto del conocimiento, siendo un verdadero animador de la ciencia psicológica.

Como maestro, Radecki ha orientado su enseñanza en el sentido de formar psicólogos profesionales, desplazando de ella el estudio de psicología como elemento complementario de otras profesiones y también como ciencia exclusivamente teórica. Por otra parte, las investigaciones científicas se han preocupado de adaptarlas a las condiciones de cada país.

«En la evolución objetiva de las ciencias, dice Radecki, como en la evolución individual de los hombres de ciencia, notamos siempre una serie de determinadas etapas en el desarrollo de la materia y del cientista». Estas etapas son para Radecki seis: la primera, que el psicólogo polaco llama «*período ingenuo realista*» es aquélla que estudia los fenómenos y las leyes que determinan su aparición, aislándolos, viéndose obligado a incursionar en otras ciencias. Es la etapa de la almacenación de los elementos.

En la segunda o sea el «*período clasificativo*»; el psicólogo intenta organizar los hechos observados, yendo a buscar en otras ciencias determinados criterios, términos y lenguaje, em-

pleando lo moral, ético o social al analizar algunos hechos psíquicos.

Después se presenta el «*período interpretativo*», en el cual el psicólogo analiza sólo fenómenos particulares al interpretar el conjunto de los elementos, creando lo que Radecki llama «doctrinas particulares» y tomando de otras ciencias diversos criterios, como en la etapa anterior.

Pero luego la psicología llega a lo que Radecki considera «*período crítico*» o sea el punto en que esta ciencia comienza a eliminar de los criterios ajenos adoptados los materiales que no son productos de ella misma. Depura los asimilados, conoce su propia fuerza, legitima sus aseveraciones. Se aleja de otras ciencias.

En la quinta etapa o «*período sistemático*» según la clasificación de Radecki, esta la fija de la siguiente manera: «Transformar en sistema una ciencia llena de doctrinas separadas, coordinar las variadas corrientes y reunir las en un lecho común, después de haber apartado en el período crítico, la criteriología prestada, vuélvese a una tarea que naturalmente lleva al psicólogo a profundizar su propia ciencia, no sólo con el propósito de criticarla, sino con toda la intención de descubrir en ella los medios internos de coordinación y clasificación».

La etapa final o «*período de irradiación*» es el en que la psicología, ya verdaderamente sistematizada, sirve de elemento básico a otras ciencias que extraen la mayor parte de sus fundamentaciones de ella, como la pedagogía, la psicopatología, etc. Además, contribuye a la criminología, antropología, filosofía, etc. y «crea relaciones parciales, que llama Radecki fenomenológicas, con la biología, la física y la sociología».

Es importante hacer notar que Radecki considera la psicología como una ciencia subordinada a la biología general».

«Opuesto su sistema de discriminacionismo afectivo, dice el señor Cáceres, al estaticismo de la psicología antigua y fundidos para él todas las funciones psíquicas en la totalidad indi-

vidual, desde el primer momento establece ya las grandes líneas de su sistema en relación con el psiquismo, para luego analizar detalladamente cada función psíquica, no aisladamente sino en su vinculación constante con los ejes de su sistematización metodológicamente establecidos: la discriminación y la afectividad.—A. T.



UN LIBRO DE INDAGACIÓN MEXICANA

La vida del escritor está llena de sorpresas, unas agradables y otras de dolor. Como la de todos los hombres, se dirá. Convento. Mas la sorpresa gozosa y penosa, en nosotros, está compuesta por ese volcarse imprevisto de cosas que nos sacuden creadoramente.

Una de esas sorpresas tengo ahora en mi escozor literario frente a un libro que acabo de recibir. Trátase de «Vida y poesía», recopilación de ensayos breves publicados por la Editorial Ercilla, de Santiago de Chile.

¿Quién es su autor? Debo confesar que hace una semana ignoraba el nombre y la existencia de Mauricio Magdaleno. En el lugar respectivo me entero de que tiene varios libros, en especial «Teatro de la revolución», que parece ser lo más representativo de su labor. La cuestión es que yo no había leído una sola línea de Magdaleno, y ahora, después de sorberme sus ágiles y nutricios ensayos de la colección que comento, experimento por él una viva y entrañable atracción.

He gozado secretamente mi descubrimiento. Ponerse «al habla» con hombres de gran sensibilidad y de cosas substanciales, es uno de los grandes placeres de la vida. Este mío de encontrarse de pronto, como quien se lleva por delante una esquina, con un valor auténtico del cual no tenía ni sospecha, me proporciona un goce finísimo, muy de mi naturaleza esencial, y una inquieta

y reflexiva concentración. Lo primero por encontrarme a mí mismo en cuanto he pensado de muchas cosas de América—lo digo sin vanidad de ninguna especie—, dichas por este escritor mexicano con desdoblados matices en la expresión y una curiosidad de andanza y de penetración que sugestiona y enardece. Lo segundo—y aquí no hago sino insistir en viejas afirmaciones mías—por constatar una vez más cuán adistanciados y extraños vivimos los hombres de nuestro continente. Acaso el mismo Magdaleno desconozca, no obstante su avisada información, muchos aspectos de la vida literaria argentina. Con ello a muchos de sus valores de renovación. Y este hecho, que es de toda América, que nos duele en nuestra carne llagada, está revelando cuánto debiéramos hacer por restaurar ante nuestra propia conciencia una jerarquía continental de valores.

Mas volvamos a nuestro escritor y a este alegrón insistidor que nos ha proporcionado su libro. «Vida y poesía»—título que recuerda un tanto al famoso de Goethe: «Poesía y realidad»—ofrece los más variados y personales movimientos de la actividad cultural de América. Digo de la «actividad cultural» porque, por desgracia, según mi manera de ver, no tiene nuestro continente aun ese proceso definido y profundo que se llama una cultura. Magdaleno escarba en el corazón y el contenido de hombres, horizontes, tierras, tipos, paisajes y dramas continentales. A merced de sus ligazones, cruzan y desaparecen atisbos y sugerencias de rico valor emocional y social. Parece que el escritor, en pleno dominio de la técnica, de los ángulos ocultos de las cosas, se complace en construir en torno a su estructura íntima una naturaleza de lo momentáneo; es decir, que se adueña de la fugacidad de todo en un visible intento de expresar en todo lo que le hace falta para una fisonomía de lo posible y representativo de América. Esta labor, como es lógico, ofrece sus peligros, porque América, malgrado su juventud—y acaso por ella misma—no tiene perfiles fijos ni permitirá nunca, contra nuestra propia tortura estética y racial, que se la encierre en trazos perdurables

y decisivos. América es un hervor y una vocación; está en los más terribles encuentros de su destino, de su conformación, de lo mucho que quisiéramos extraerle en nuestro afán de perdurabilidad y de superación. Y ese estado, para ser más fuerte que su propio mandato de obediencia, impone que el espíritu se recoja heroicamente a fin de capacitarse en la dura disciplina de lo que cuesta lograr.

Como es claro, este escritor mexicano sabe en qué términos de ordenación y construcción ubica sus personajes ideológicos. Pinta a conciencia cuanto le dibuja su deseo, su intuición o sus fiebres sociales. En ese impulso sabe aliar bellamente las diversas dimensiones y sugerir las dimensiones de adentro, de las cosas totales. Así, ofrece cuadros de sus observaciones en una arrogancia de ardor y de sabor, de penumbra y de lucidez. Con ello, cuando quiere, decora su propia alegría estética, y aun le sobra materia gozosa y sabrosa para lo de su propia y sosegada natividad.

Una cosa encuentro admirable en Magdaleno: su destreza en los símbolos. Los maneja a través de su raza, de sus pasiones, de su curiosidad, de ese rico y exaltado sensualismo verbal y social que anima sus escritos. Yo definiría al escritor vital, del que se pierde en la dejadez de su remanso erudito, en que celebra el valor conmovedor y liberador del símbolo. Alguna vez dije que toda la eternidad del arte la esconde tal vez el mito. Ese descabro mítico en que la sensación o la realidad se escapan de sí mismas para ser algo más total, está constituido por la fuerza y la materia del símbolo. Un escritor—y un artista—es tanto más representativo y certero cuanto más se siente poseído por ese hechizo sagrado. De su temblor profundo, de su emergencia humanizadora, forma y espíritu vivifican el limpio candor en que un retazo de cualquier cosa puede transformarse en belleza completa. Y ese milagro no es sino del símbolo, que enciende todos los recodos del corazón y de la historia, sin duda para que ambos, a la vuelta de su propia belleza, perciban otro

temblor y otra agonía. Con ella, y junto a su inmensidad, arte, vida y artista pasan a otra leyenda más próxima al hombre que se humaniza en el símbolo

Con ese instrumental del espíritu ha elaborado Mauricio Magdaleno un libro de rica proyección continental. Sin duda no se propuso homogeneidad ensayística, ni pontificaciones engorrosas. Son ensayos, no obstante. Ensayos nutridos, livianos, con intención y expresión. El valor racial—de escritor de México—es que indaga y pormenoriza cosas y psicologías substantivas de su país. Yo veo lo mexicano ir y venir, con sabor, con temblor y hasta con olor. En algunos párrafos se le han metido las propias comarcas, los aromas y el cántico vernáculo. Es el surgir de la «otra cosa» instintiva, de la realidad subconsciente, que, por fuerza de negarla, se objetiviza, se pliega en formas sexuales. Y la raza se ejercita bien en su color de decir y de callar, de romperse y reconstruirse. Ahí explícate que el escritor, contra su propia incomprensión de no explicarse lo que sabe de antemano, destile formas y pedazos temblantes y ardientes.

Con todo ello hay que consignar su franca comprensión de las cosas sociales. Un dolor de ser y un dolor de esperar. Si América no quiere extraviarse, si necesita la virginidad de lo que aun no posee, necesita crear, dilucidar y combatir. El hombre es, por eso, el gran grito, la voz y el sentido. Con el hombre las formas futuras. Si crear es creer, Magdaleno cree, discurre en su fe social y exprime su fuerza para la nueva creación.

Personalmente celebro este encuentro dichoso. Ignoro qué cara tiene el escritor, qué rasgos presenta su escritura. Asimismo desconozco su grado de efusión y solidaridad. No me importa, empero. «Vida y Poesía» es cierta forma de autobiografía psicológica, de diario racial y social. A través de sus páginas, ardientes y meditativas, se quema un alma y celebra su gozo de artista. Todo eso es riqueza, conjunción continental y manos recias que buscan manos de combate.

Mendoza, mayo de 1936.—RICARDO TUDELA.

Notas del mes

Premio Municipal de Literatura

El Premio Municipal de Literatura fué concedido este año a los señores Mariano Latorre, por su libro «On Panta»; a Julio Barrenechea, por su libro de versos «Espejo del Sueño»; y a Armando Moock, por su obra teatral «Rigoberto». En realidad, a excepción del premio a Barrenechea, los otros dos fueron otorgados según informaciones en consideración a la obra total realizada por Latorre y Moock, el primero en la novela y el cuento, y el segundo, en el teatro. Desde la publicación de «Cuentos del Maule», hasta el libro último Mariano Latorre ha recorrido en su obra literaria un camino de indiscutible interés artístico. La interpretación de la tierra chilena en varios de sus aspectos: campo, cordillera, mar y cerros de la costa, puede decirse que la ha cumplido Latorre con fervor y probidad, pocas veces igualados en nuestro país. Latorre ha consagrado una vida entera al estudio de las características nacionales, alejándose de la pintura de las ciudades y manteniendo una unidad que no es frecuente encontrar en los escritores de América, en lo que respecta al estudio del campo.

Novelas aisladas, o simples cuadros de la vida de la naturaleza son comunes en el proceso de la creación artística americana. Pero esta constancia de Latorre es indudablemente un hecho singular. Es probable que el elemento humano, como se ha dicho en otras oportunidades, no haya sido lo suficientemente realzado por Latorre—lo cual por cierto no implica ausencia de él

en sus obras—en la pintura de sucesos y paisajes campesinos. Los hombres viven y actúan en sus libros. Actúan y viven en función de la naturaleza, que es más fuerte que ellos, que los anula un poco, en razón de la grandeza misma del escenario en el cual están obligados a vivir. Las primeras obras de Latorre son preparaciones para una interpretación más humana del campo. Pudiéramos decir que son los comienzos de la nueva concepción en el estudio de la realidad campesina: la subjetivación, el estudio de las realidades internas del hombre del campo, para determinar en creaciones artísticas, el verdadero sentido del sujeto humano en su lucha con la naturaleza, en su lucha con otros hombres o en su tragedia frente a la supervivencia de injusticias sociales que tienen siglos de formación. Dado un escenario, puede decir Latorre, veamos cómo actúa el hombre. «On Panta» es ya la anticipación de esa postura artística que se acrecentará en creaciones sucesivas.

El libro de versos de Barrenechea reveló a un poeta de alta calidad. Los que le conocíamos, no dudamos de su triunfo. Ha llenado su poesía con finas imágenes, con un sentido moderno, sin estridencias, de intención cargada de belleza. Todo en este poeta parece insinuarse en delicadeza, en un plano en que el lirismo nunca interrumpe la emoción pura que sugiere la realidad. Moock, el autor dramático premiado, constituye también un caso singular de constancia en la labor. Es quizá el más afortunado de los autores teatrales chilenos y el que más éxitos ha obtenido fuera de su patria, en creaciones que han logrado verdaderos triunfos escénicos. De «Pueblecito», su primer ensayo según entendemos, nota chilena muy justa de ambiente, hasta «Rigoberto» hay un proceso de gran interés dramático que ha servido para colocarlo entre los mejores autores americanos. Como dejamos dicho, al premiar a Latorre y Moock se ha tenido en cuenta, según hemos sido informados, no el valor intrínseco de la obra presentada al concurso, sino la totalidad de la labor. Es este un hecho que debe ser considerado en adelante por los jurados.

¿Y los amigos de Blest Gana?

Hace algún tiempo se formó una Sociedad de Amigos de Blest Gana. Esta sociedad tenía por objeto mantener la fidelidad a la memoria del ilustre novelista del siglo XIX y entendemos que hasta había inscrito en su programa de trabajo, un número de gran importancia: la erección de una estatua. Se entiende que la sociedad se comprometía a desarrollar una labor sistemática hasta lograr la erección de esa estatua. Han pasado dos años más o menos y la Sociedad de Amigos no ha vuelto a dar señales de vida. La única manifestación de su existencia fué la sesión inicial. Luego declinó el entusiasmo y por fin, dejó de existir. Recordamos ahora su formación y el compromiso contraído. ¿Por qué lo recordamos? Porque de vez en cuando conviene refrescar la memoria de los escritores.

A Blest Gana se le debe una estatua. Es cierto que se le debe también a Lastarria, a Pérez Rosales y a uno que otro más. Pero con Blest Gana hemos sido bastante ingratos. Ni una calle siquiera lo recuerda. Una calle de las muchas que llevan nombres sin resonancia, pudiera bien llevar en Santiago, el nombre del autor de «El Loco Estero», ¿Y por qué no dar este nombre a una calle? ¿La calle del Loco Estero? Estamos pidiendo demasiado.

Limitaremos nuestra petición únicamente a una cosa: que se reuna esa sociedad y trabaje algo en beneficio del novelista más auténtico del siglo XIX. El historiador máximo de Chile del mismo siglo, tiene ya su estatua: Barros Arana. El historiador de las costumbres, el que en materia diversa, aunque del mismo barro nacional, hizo la historia pintoresca de un siglo y la dejó vivita y coleando, en numerosas novelas, carece hasta de un busto modesto. Y conste que en América hispana, durante todo ese siglo XIX, no existió un solo novelista que pueda comparársele, por la unidad y la cantidad de la obra y por el sabor genuinamente criollo de sus libros.

Una novela colombiana

El escritor colombiano Luis Tablanca ha publicado una novela destinada sin duda alguna a obtener un éxito muy franco y justiciero. «Una Derrota sin Batalla» es el título simbólico que le dió a sus cuadros admirables de la vida de un pueblo. Pero no constituyen únicamente cuadros objetivos, visiones de una ciudad parecida a todas las ciudades de provincia. La sátira anima el desfile de los personajes y la burla es la salsa del ambiente. Tablanca, con estilo muy sugerente, con incisiva ironía, cala hondo en el análisis de los tipos descubiertos en sus más auténtica desnudez espiritual. El autor mueve con maestría los contrastes que son comunes en la vida de las provincias, pero este hallazgo que solo debe imputarse a una pupila certera, adquiere en este novelista del cual conocemos este solo libro, un fuerte relieve. Los pueblos de Colombia como de Chile, están llenos de tipos mezquinos, de seres ridículos, de vicios y de miserias cuya apariencia suele engañar el ojo del observador más penetrante. El mérito de esta novela descansa en esta pintura admirable de las circunstancias provincianas, reveladas con honestidad literaria, con profundidad de examen y en un estilo natural, sencillo, rico en substancia. La vida política en los pueblos, desmedrada, estéril corre en intrigas y prevaricaciones, y no lleva sino al desengaño, a la derrota. Tal es la conclusión si pudiera existir alguna.

Colombia que tiene ya un núcleo de interesantes escritores agrega con el nombre de Tablanca uno más a su lista de penetrantes intérpretes de la realidad de ese país.

Sobre Neruda

Un cronista en el diario «El Mundo», de Buenos Aires, se regocija con unas declaraciones del poeta elegíaco, Juan Ramón Jiménez en las que asegura más o menos lo siguiente: «Este Neruda que no sabe ni escribir una carta»... Estas declaracio-

nes de Jiménez a Pablo Suero que lo entrevistó, darán la vuelta al mundo latino según el cronista comentador de la «boutade». Darán la vuelta a «El Mundo»... entendidos. «Farewel» y los «Veinte poemas de amor» también han dado la vuelta al mundo latino, por más que el cronista bonaerense, crea lo contrario. Dieron primero que el hallazgo de Jiménez esa vuelta que no suele agradar a los que creen^s que sólo dentro de sus fronteras hay poetas capaces de dar vuelta... Con o sin ironía, tanto da que el poeta no sepa escribir una carta. El descubrimiento de Jiménez carece de importancia y habría sido mejor para el autor de «Laberinto» haber permanecido como estaba, alejado de las reacciones irónicas y de las declaraciones más o menos antojadizas...

Libros recibidos

- CHIESTER LLOYD JONES.—*Costa Rica and civilization in the Caribbean*. Madison. 1936.
- ANDRE TARDIEU.—*La revolution a refaire. Le souverain captif*. Editorial Flammarion. París. 1936.
- JENARO ESTRADA.—*200 notas de Bibliografía mexicana*. México. 1935.
- JUAN DE IRISALDE.—*Los esclavos felices*. Bilbao. 1935.
- OSCAR EFRÉN REYES.—*Vida de Juan Montalvo*. Editorial Grupo América. Quito. 1935.
- ARTURO AMBROGI.—*El Jetón*, (cuentos). Editorial diario «La Prensa». San Salvador. C. A. 1936.
- JUAN FELIPE TORUÑO.—*El Silencio*, (novela). Editorial Arévalo. San Salvador. C. A. 1936.
- JULIO AQUILES MURGUÍA.—*Kari-Marka*, (novela). La Paz. Bolivia. 1936.
- ADOLFO CÁCERES.—*La obra psicológica de Radecki*. Montevideo. 1935.
- JORGE VANTE ZEGUEIRA.—*En torno al cerebro*. La Habana. 1936.
- AGUSTÍN VENTURINO.—*Sociología General. La interdependencia*. La Coruña. 1935.
- ENRIQUE JOSÉ VARONA.—*Páginas Cubanas*. Publicaciones de la Secretaría de Educación. La Habana. 1936.